

1. La llamada del Héroe

Un año después de la batalla de Geonosis...

"¿Maestro Doriana?" Dijo la voz profunda de Emil Kerseage. "Ya estamos aquí."

Kinman Doriana se despertó, parpadeando por los rayos de sol que se colaban a través dalas ventanillas de la lanzadera. Miró brevemente el paisaje que discurría bajo él, intentando recordar donde se encontraba exactamente. Había estado en tantos sistemas...

La desorientación se desvaneció. Estaba en Carteo, el centro comercial principal del sector Prackla, cuidadosamente neutral en la guerra entre la República y los Separatistas.

"Aquí está," dijo Kerseage. Giró la palanca de control delicadamente, haciendo girar la lanzadera ligeramente a la izquierda para dar una vista mejor a Doriana. "Creaciones Spaarti."

Doriana miró hacia fuera por la ventanilla lateral, sin poder evitar sentirse impresionado. Situada entre un grupo de colinas boscosas al norte del pequeño pueblo de Ciudad Foulahn, quizás a unos tres kilómetros al noroeste del igualmente compacto espaciopuerto Triv, estaba la única fábrica conocida como Creaciones Spaarti. Con cerca de un kilómetro de longitud en su parte más ancha, tenía el aspecto de mosaico de algo que ha sido retocado una y otra vez a lo largo de décadas. El tejado reflejaba ese caos helado, con torres, salidas de aire, antenas y claraboyas apareciendo en lugares aparentemente aleatorios en el edificio de tres pisos. No vio ninguna ventana, y la ventilación parecía controlada por una serie de pequeños respiraderos repartidos a media altura por los muros laterales. "Impresionante," comentó él.

"¿Eso cree?" dijo Kerseage encogiéndose de hombros. "Personalmente, siempre lo he considerado la versión arquitectónica de unos hierbajos. Sin orden ni organización por ningún lado."

"¿Ha estado alguna vez dentro?"

"Sólo pueden entrar los empleados," dijo el otro, torciendo el labio con

disgusto y resentimiento. “Ellos y los importantes y poderosos.” “¿Cómo yo?” preguntó Doriana.

Kerseage le miró, como si de pronto recordara quien era su pasajero. “No, no, estaba pensando en los compañeros de Lord Binalie, “justificó precipitadamente. “El Consejo de Comercio de Prackla -ese tipo de gente.”

“¿No tiene buena opinión sobre ellos?”

Kerseage se encogió de hombros de nuevo, de forma incómoda esta vez. “No tiene nada que ver conmigo,” murmuró. “Tengo una lanzadera; Llevo a la gente a sitios. Eso es todo.”

“Ya veo.” Dijo Doriana, devolviendo su atención a la planta que ahora pasaba justo por debajo de ellos. Estaba claro que Kerseage no quería decir nada más.

Pero tampoco necesitaba hacerlo. Como siempre hacía, Doriana se había asegurado de investigar Carteo antes de llegar y contratar a ese hombre en particular para llevarle a través del poco poblado planeta hasta Creaciones Spaarti. La compañía de transportes de mercancías de la que era propietario Kerseage quebró a causa de una regulación pobremente redactada que el Consejo de Comercio Prackla hizo vigente tras la Batalla de Geonosis. La apelación de Kerseage aún estaba dando tumbos por el sistema, pero el tema seguía sin resolverse. Su compañía había desaparecido, y estaba claro que él culpaba a Lord Binalie por ello.

¿Qué hay de las instalaciones satélite de la planta?” preguntó, pasando la vista por las áreas boscosas al norte y al oeste de la instalación principal. “Los edificios donde se guardan las materias primas y los productos acabados.”

“¿Se refiere a los tres Outlinks?”

“Eso es,” dijo Doriana “¿Dónde están?

“No lo sé con exactitud,” dijo Kerseage. “El más cercano se supone que está a unos tres kilómetros al nordeste, pasados esos barracones de techo gris de allí.” Señaló él.

“Mm,” dijo Doriana, mirando a lo lejos. No había nada en esa dirección que pudiera ver. Bien camuflado, ya fuera por accidente o por diseño. Podría ser útil. “¿Dónde vive Lord Binalie?”

“Allí.” Kerseage señaló a la izquierda mientras hacía virar la lanzadera en un semicírculo. “¿Ve Ciudad Foulahn, justo al sur de esa franja de hierba de un kilómetro de ancho?

“La veo,” dijo Doriana. “No creo haber visto jamás una ciudad que acabara de forma tan abrupta. Excepto cuando hay un lago o un acantilado que la limite, por supuesto.”

“Podría ser perfectamente un acantilado,” gruñó Kerseage. “Esa línea de hierba marca el borde del sur de la tierra de Spaarti, y nadie construye o viaja allí. Los Cranscoc insisten en ello. De todos modos, ¿ve esa gran área abierta en el borde norte de la ciudad, colindante a la tira de hierba?”

“Sí,” dijo Doriana. Parecía un parque con hierba, varios grupos de árboles, grandes secciones de arbustos esculpidos -con varios edificios pequeños y uno muy grande. Incluso desde esa distancia, el lugar apestaba a riqueza y poder. En una de las pequeñas colinas que daban a la planta, pudo ver un par de figuras que permanecían juntas de pie. “¿La finca Binalie?”

“Eso es,” dijo Kerseage. “¿Ha visto suficiente?”

Doriana echó un último vistazo a su alrededor, fijando la geografía en su rente. Las ciudades de Foulahn y Navroc que daban al sur y sureste de la planta, con las escarpadas Colinas Rojas delimitando el extremo sur de ambas ciudades. El Espaciopuerto Triv estaba al este, con bajas y boscosas colinas extendiéndose hada el norte, y un pequeño río que pasaba entre las dos ciudades y luego entre Foulahn y el espaciopuerto.

“Sí,” le dijo al piloto, recolocándose en su asiento. “Vayamos a ver a Lord Binalie.”



“Están dando unas vueltas más,” anunció Corf Binalie, cubriéndose los ojos con su mano mientras miraba hacia el cielo. “Creo que deben venir hacia aquí.”

“¿Quién, la gente de la lanzadera?” preguntó Jafer Torles, con su pelo blanco cayendo sobre sus mejillas mientras miraba al suelo, intentando recoger una vid siviviv que él y el chico habían estado buscando desde hacia media hora. “Sí, lo sé.”

“¿Sabes quién es?” preguntó Corf frunciendo el ceño. “¿Te dijo Papá algo acerca de visitantes?”

“No, pero no necesitaba hacerlo,” aseguró Torles al chico. “Es obvio desde hace un minuto.”

“Oh, venga,” objetó Corf con el tono impaciente que los chicos de doce años hacen tan bien. “¿Cómo podías saberlo?”

“Simple deducción lógica,” le dijo Torles en el tono pedante de instructor que los hombres de setenta y tres años hacen igual de bien. “No había ninguna razón para que pasaran directamente sobre la planta a renos que fuera eso en concreto lo que estaban buscando. Después de darse cuenta de lo poco que podían sacar de ello, su siguiente paso lógico es querer echar un vistazo desde dentro. Para eso, necesitan venir a ver a tu padre.”

Corf meneó la cabeza impresionado. “Jo,” dijo él. “Ojalá fuera un Jedi.”

“Si lo fueras, probablemente tendrías que ir a la guerra algún día,” le advirtió Torles.

“Tú no has tenido que ir,” señaló Corf.

“Todavía no,” dijo Torles con una rueca. “Pero re podrían llamar en cualquier momento. El Consejo simplemente decidió dejar a unos cuantos Jedi donde estábamos por el momento por si había movimientos Separatistas inesperados en nuestras áreas. Yo podría llegar al lugar del problema en cualquier punto de los Sectores Prackla o Locris rucho antes de que pudieran mandar a alguien desde Coruscant o desde alguna de las áreas de batalla. Ser un Jedi nunca es fácil y puede ser muy peligroso.”

“Sí, pero eres muy listo,” dijo Corf. Estaba claro que el lejano retumbar de la guerra no le afectaba lo ras mínimo. “Eres bueno figurándote cosas.”

“El pensamiento lógico no es patrimonio exclusivo de los Jedi,” le amonestó Torles. “Cualquiera puede aprender a juntar hechos en el orden correcto,”

“Quizás,” dijo Corf. “Yo sigo pensando que es cosa de los Jedi.”

Torles sonrió, cubriendo sus ojos con la mano mientras veía aproximarse a la lanzadera. De hecho, él no sabía que la lanzadera iba a la finca Binalie, pero había concluido que había una alta probabilidad de que así fuera. Si resultaba que el piloto estaba simplemente enseñando Creaciones Spaarti a algún amigo que estuviera de visita, él iba a quedar coro un tonto.

Eso no sería algo ralo. Torles había pasado los últimos treinta años en Cartao, dispensando conocimiento, mediando en disputas y encargándose de los piratas ocasionales o de algún señor del crimen demasiado impaciente. Algunos de los lugareños habían acabado respetándole, otros habían elegido odiarle, mientras que la mayoría ni siquiera

sabían que el Sector Prackla tenía un guardián Jedi.

Pero nunca en esos treinta años se había encontrado con un caso de adoración ciega coro el de Corf Binalie.

En sus primero años, habría sido gratificante, por no decir halagador, ser tenido en tan alta estira. Sin embargo, con la perspectiva de los años podía ver el peligro que entrañaba esa adulación inconsciente. Incluso teniendo doce años, Corf debería ser capaz de reconocer las debilidades de una persona además de sus puntos fuertes; debería estar aprendiendo a aceptar a la gente tal y coro es, y no crear una lente de perfección a través de la cuál mirarla. En lugar de eso, el chico insistía en verle coro el Jedi Definitivo: alto y fuerte, sabio y arable, y nunca, jamás, equivocado.

Este incidente en concreto no iba a hacer demasiado por cambiar esa percepción. La lanzadera pasó sobre sus cabezas, indicando sin duda que iba hacia la plataforma de aterrizaje privada junto a la mansión Binalie.

Y mientras lo hacía, Torles pudo ver claramente el nombre de la compañía en el lateral de la lanzadera.

“Vamos,” dijo él, cogiendo a Corf del brazo y llevándolo hacia la casa.

“¿Volvemos?” preguntó Corf frunciendo el ceño. “Pensaba que ibas a ayudarme a buscar esta vid siviviv hasta su raíz.”

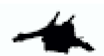
“Podemos hacerlo más tarde,” le dijo Torles. “Ahora mismo, creo que deberíamos ir a ver qué es lo que quiere esa gente de tu padre.”

“De acuerdo,” dijo Corf, sin entenderlo pero dispuesto a aceptar 1 palabra de Torles. “Tú eres el jefe.”

“No soy el jefe,” le recordó Torles mientras se dirigían colina abajo hacia la distante casa y la lanzadera que estaba en la plataforma. “Sólo soy el Jedi.”

“Si,” dijo Corf informalmente. “Lo mismo.”

Torles suspiró. Con suerte, al chico se le pasaría con el tiempo.



Uno de las diversiones más simples de Doriana en esos días era contar los minutos que pasaban entre que un droide o sirviente desaparecía en los aposentos de su señor con las credenciales de Doriana y el momento en el que se le hacía pasar. En el caso de Lord Pilester Binalie, ese intervalo fue de renos de un minuto. O Binalie era inusualmente respetuoso con las autoridades de Coruscant o estaba demasiado preocupado con este visitante inesperado como para dedicarse a los juegos de poder.

“Maestro Doriana,” dijo Binalie, levantándose de un inmenso sillón tras un aún más inmenso escritorio mientras el droide de protocolo escoltaba a Doriana hasta la oficina. “Es un gran honor recibir a un representante del mismísimo Canciller Supremo Palpatine.”

“También es un honor conocerle, Lord Binalie,” respondió Doriana mientras atravesaba la habitación. “Aprecio que me dedique algo de su tiempo.”

“Es un placer,” dijo Binalie, indicando a Doriana una silla frente al escritorio mientras se sentaba. “Ojalá me hubiera avisado de su visita. Podría haber enviado una lanzadera para recogerle o haberle dirigido al Espaciopuerto Triv desde donde podría haber venido con un speeder.”

“Había razones para llegar a Cartao donde lo hice,” le dijo

Doriana, mirando con atención el rostro del otro. "Como las había para elegir el transporte que elegí."

Un músculo de la mejilla de Binalie se contrajo. De modo que también había visto el nombre en la lanzadera de Kerseage. "Sí; Emil Kerseage." Dijo él. "Estoy al tanto de su caso, Maestro Doriana, y le aseguro que el Consejo de Comercio está trabajando para rectificarlo."

Agitó una mano. "Ciertamente, no es algo en lo que Palpatine necesite involucrarse personalmente."

"El Canciller Supremo Palpatine es el campeón del ciudadano de a pie," le recordó Doriana.

"Por supuesto," dijo Binalie precipitadamente, con las primeras muestras de transpiración perlando su cara. "Es sólo que-" dijo él. "¿Sí?" inquirió Doriana.

El músculo de la mejilla se contrajo de nuevo. "Déjeme ser honesto con usted," dijo Binalie. "Cartao está tratando de mantener un perfil bajo en esta guerra contra los Separatistas. No tenemos el poder militar suficiente para enviar tropas o naves ala otra punta de la galaxia en misiones de expedición. Hasta ahora hemos evitado la atención oficial; pero si el Canciller Palpatine empieza a interesarse en pequeñas disputas burocráticas, esa atención oficial se volverá hacia nosotros."

Tamborileó en el escritorio con la punta de sus dedos. "Y no sólo de los oficiales de Coruscant," remarcó él. "Los Separatistas también nos han ignorado hasta el momento."

"Entiendo su preocupación," dijo Doriana. "Pero debe entender que nadie se puede permitir el lujo de decidir como le va a afectar una guerra. Ni nadie puede elegir la forma de servir en ese conflicto."

Los ojos de Binalie estaban fijos en los de Doriana. "Usted no está aquí por Kerseage, ¿verdad?" dijo él.

Doriana negó con la cabeza. "Era, y es, una útil tapadera. Pero no, el Canciller Supremo Palpatine me envía por temas mucho más importantes."

La pétrea cara de Binalie se tornó más pétrea aún. "Creaciones Spaarti."

"Exactamente," dijo Doriana. "El Canciller Supremo está intrigado por los informes que ha recibido sobre una factoría cuyas líneas de producción se pueden cambiar prácticamente en una noche. Si la técnica se pudiera duplicar, representaría mucho en los esfuerzos de guerra de la República."

"No puede ser," dijo Binalie secamente. "Son los Cranscoc y su sistema de herramientas fluidas lo que lo hacen posible y, que sepamos, la colonia de Cartao es el único lugar donde viven los Cranscoc."

"Miles de ellos, ¿no es así?"

Binalie meditó durante la mínima fracción de un segundo, como si pensara en si podía mentir. "Unos cincuenta mil, así es," concedió él, decidiendo aparentemente no arriesgarse. "Pero se reproducen muy lentamente, y tan sólo una pequeña parte de cada generación tiene el talento que les permite ser tejedores. Esos son los que manipulan el fluido de herramientas que hace posible Spaarti."

"Ya veo," dijo Doriana, como si no hubiera investigado a fondo la operación. "Aún así, el Canciller Supremo querrá que yo quede absolutamente convencido. ¿Sería posible que inspeccionara las instalaciones personalmente? Silenciosa y privadamente, por supuesto."

Binalie reconocía una orden formulada de forma educada cuando la escuchaba. "Por supuesto," dijo él poniéndose en pie. "Tengo una vía privada hacia la planta."

Estaban en mitad del pasillo que llevaba a la plataforma de aterrizaje cuando la voz de un chico rompió el elegante silencio de la mansión "¡Ey! ¡Papá!"

Los dos hombres pararon y se giraron. Corriendo hacia ellos iba un chico de doce años- el hijo de Lord Binalie, Corf, tal y como lo identificó Doriana. Tras el chico, andando con una zancada más larga y un paso más tranquilo, estaba el último intérprete del drama previsto para hoy: el Caballero Jedi Jafer Torles.

"Corf," dijo Binalie, sonando sorprendido y algo incómodo. "Pensaba que estarías controlando la hierba esta mañana."

"Vimos la lanzadera," explicó Corf mientras trotaba hasta quedar al lado de su padre, echando un rápido vistazo a Doriana al llegar. ¿Vais a la planta?"

"Sí, un rato," dijo Binalie.

"¿Puedo ir?"

Binalie negó con la cabeza. "No esta vez."

El chico parpadeó. Estaba claro que no era la respuesta que estaba esperando. "¿Por qué no?"

"Negocios," dijo su padre con firmeza. "Sólo vamos el Maestro Doriana y yo"

"Pero-"

"Nada de discusiones," dijo Binalie, apartando su atención de Corf cuando el Jedi alcanzó al grupo. "Me gustaría que conociera a Jafer Torles, nuestro guardián Jedi local. Este es Kinman Doriana, consejero especial del Canciller Supremo Palpatine."

La piel que rodeaba los ojos del Jedi se arrugó levemente con el nombre de Palpatine. Ninguna sorpresa -el Canciller Supremo y el Consejo Jedi habían estado cada vez más enfrentados durante los últimos meses. "Maestro Torles," dijo Doriana con un ligero movimiento de cabeza. "Me alegra que esté aquí. Como ha dicho Lord Binalie, vamos a ver la planta. ¿Le gustaría acompañarnos?"

Corf miró sorprendido a su padre. "Pero tú has dicho-"

"Cállate, Corf," le cortó Binalie, mirando igualmente sorprendido a Doriana.

"Pensé que había dicho que se trataba de un asunto privado."

"Eso era antes de saber que el Maestro Torles estaba en el área," dijo Doriana, mirando a la cara de Binalie. Merecería la pena, decidió súbitamente, ver hasta donde se podía apretar a ese hombre. "Por lo que," añadió, "no veo ninguna razón por la que no pueda venir también su hijo. Le pondrá en una posición de mando en algunos años, ¿no?"

Los músculos de la garganta de Binalie se tensaron, y sus ojos se estrecharon peligrosamente. Lord Pilester Binalie, el pez más grande de este estanque no estaba acostumbrado a que la gente le pusiera la zancadilla.

Pero Doriana también entendía el poder. Mantuvo fija la mirada de Binalie, sin reto o malicia, pensando en si el otro podría ver más allá de su enojo para recordar con quien estaba tratando.

Aparentemente pudo. "Como desee," dijo rígidamente. "Sígame."



Torles había estado en el túnel privado de Binalie a Creaciones Spaarti unas pocas veces, y nunca dejó de provocarle una sensación

de maravilla. Los Cranscoc habían cavado el largo pasillo, le dijo una vez Lord Binalie, sin usar ningún tipo de maquinaria. El resultado era este túnel rugoso que tenía el fuerte olor de la tierra recién removida.

Pero a pesar del aroma, también sabía que en el proceso de excavación esas mismas paredes de tierra se habían convertido de algún modo en un material tan duro y duradero como el permacemento. Y la aparente aspereza de la superficie escondía sutiles remolinos y patrones delicados que los cavadores Cranscoc habían grabado en ella.

Funcional, artístico y -con la tecnología generalmente aceptada- imposible. Esta era, según pensaba Torles, una buena descripción de Creaciones Spaarti.

"Los Cranscoc no quieren a gente o vehículos en la franja de hierba entre la planta y Ciudad Foulahn," explicó Binalie a Doriana mientras el speeder se deslizaba silenciosamente por el túnel. "Ellos dicen que les molesta, aunque no sabemos cómo ni por qué. De ahí, este túnel."

"¿Qué pasa con los otros empleados?" preguntó Doriana. "Los no Cranscoc. ¿Cómo van a trabajar?"

"La mayoría de ellos viven aquí mismo," dijo Binalie. "Hay un grupo de apartamentos en el borde este de la planta, entre el edificio principal y el Outlink Uno, para los trabajadores solteros. Los Cranscoc tienen un grupo de hogares al norte de la planta, entre los Outlinks Uno y Dos, mientras que las familias no-Cranscoc viven en su propio grupo en el noroeste, entre los Outlinks Dos y Tres."

"¿Y cómo van todos a trabajar?" insistió Doriana. "¿Hay más túneles como este?"

"Hay túneles entre la planta principal y los Outlinks," dijo Binalie. "Pero son principalmente para carga y transferencia de equipo. Los trabajadores suelen andar a través de la hierba para ir a trabajar."

Sonrió levemente al ver la mirada de extrañeza de Doriana. "Lo sé. Aparentemente, los Cranscoc insisten en que sólo esta franja de tierra quede completamente abierta. Y de nuevo, nadie sabe por qué."

El suelo del túnel empezó a inclinarse hacia arriba, y Torles se encontró vigilando subrepticiamente a Doriana. La primera vez que hizo este trayecto, esperaba que el túnel los depositara en alguna especie de área de recepción, y aún podía recordar cómo le chocó cuando llegaron al medio de una de las áreas de producción. Podría ser instructivo ver si Doriana también quedaba sorprendido.

Y lo quedó. Mantuvo su cara impasible mientras una sección del techo se movía como un puente levadizo y el speeder se movía por una rampa hasta el centro de la bulliciosa factoría, pero Torles pudo sentir el temblor de asombro tras esos ojos inexpresivos.

"Interesante punto final," fue todo lo que él dijo mientras Binalie dejó que el speeder frenara.

"A los Cranscoc les gusta saber lo que pasa a su alrededor," dijo Binalie, levantándose de su asiento mientras el suelo se cerraba tras ellos. "Este es el Área de Producción Cuatro, donde estamos haciendo equipo especial de cosechado para los pantanos de Caamas. El suelo de allí tiene demasiadas raíces y el equipo normal se rompe cada pocos días."

"¿Así que se dedica al negocio de rellenar los huecos del mercado?" preguntó Doriana.

"Básicamente," dijo Binalie afirmando con la cabeza. "No hay suficiente terreno pantanoso cultivable en la República como para justificar la creación de una cadena de montaje que haga el equipo necesario para

cosecharlo. Pero con el sistema Cranscoc, podemos dedicar unos cuantos días o semanas a hacer todo lo que los caamasianos necesitarán en un año o dos, y luego cambiar de herramientas y hacer otros proyectos.”

“¿Y dónde tiene lugar este cambio mágico de herramientas?” preguntó Doriana.

“Empieza en la estación de control principal,” dijo Binalie, señalando hacia una plataforma redonda que se elevaba a dos metros del suelo entre dos de las cadenas de montaje. “La de esta área está allí.”

Cruzaron la plataforma, con Binalie guiando a sus invitados a través del laberinto de cintas transportadoras, carros de transporte y trabajadores, tanto humanos como alienígenas. Subiendo los escalones, se encontraron junto a una larga consola que a Tarles siempre le había recordado a una mezcla de volcán alargado y una colina muy enfangada, con una cascada de pasta de color verde pálido goteando laboriosa y constantemente a lo largo de varias secciones de la pendiente. Frente al cuenco de recogida había cinco cranscocs, con sus caparazones brillando bajo los rayos de sol que entraban a través de la claraboya que estaba tres pisos por encima de ellos. Sus piernas, largas y con múltiples articulaciones, golpeaban con ritmo sincopado la gruesa hierba que cubría por entero la plataforma, siguiendo una música que sólo ellos parecían poder escuchar. “Estos son cinco de los tejedores Cranscoc,” dijo Binalie, hablando en voz baja. “Lo que sea que hagan con ese flujo de fluido afectará a la mayoría de las máquinas que puede ver.”

“¿Pueden hacer todo el cambio de herramientas desde aquí?” preguntó Doriana.

“No, cada máquina necesita sus propios ajustes,” le dijo Binalie. “Hay tejedores ambulantes asignados a cada área para ese propósito. Dependiendo de la complejidad, una determinada área puede ser modificada en un periodo de entre dos y ocho horas.”

“Sus básicas alteraciones nocturnas,” dijo Doriana, asintiendo.

“Literalmente nocturnas,” concedió Binalie. “Los Cranscoc hacen pequeños ajustes durante las horas de día -es por eso por lo que este grupo está de guardia, por si una de las máquinas necesita ser recalibrada. Pero sólo hacen cambios completos de herramientas después de que oscurezca.”

“¿Y no sabe por qué?”

“Francamente, no sabemos casi nada acerca de los Cranscoc,” admitió Binalie. “Respiran oxígeno, su dieta se basa principalmente en vegetales y grano, excepto que hay que enriquecerlo con dosis extra de magnesio y cobalto, y les gusta cultivar, cavar y crear objetos artísticos.”

“Afortunadamente, ¿el equipo de cosecha entra en esa categoría?”

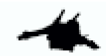
“El equipo de cosecha y todo lo demás,” dijo Binalie. “Parece que les encanta usar Spaarti para hacer cosas.”

Les guió de vuelta al piso principal. “Dice que esta es el Área de Producción Cuatro,” dijo Doriana. “¿Cuántas más hay?”

“Actualmente tenemos veintisiete áreas operativas,” le dijo Binalie. “Ocho de ellas son más grandes y complejas que esta, mientras que otras son comparables o ligeramente más pequeñas.”

“Me gustaría ver las grandes.”

Los labios de Binalie se comprimieron brevemente, pero simplemente asintió. “Por supuesto. Por aquí.”



Visitaron otras dos cadenas antes de que Doriana decidiera que había visto suficiente. “Esto bastará,” dijo él mientras Binalie les empezaba a guiar hacia el área siguiente. “¿Hay alguna oficina en la que podamos hablar de forma más privada?”

Binalie frunció el ceño. “¿De qué hay que hablar?” preguntó con la voz llena de suspicacia. “Seguro que ve que esta técnica no puede ser duplicada en ningún otro lugar.”

“Una oficina privada, por favor” repitió Doriana.

Binalie respiró profundamente-” Y será mejor si el chico nos deja a solas,” añadió Doriana.

Los ojos de Binalie se endurecieron. Pareció como si de pronto se hubiera hartado de haber sido llevado a rastras por la nariz. “No tengo secretos para mi hijo, Doriana,” dijo con dureza. “Si tiene algo que decirme, lo puede decir en su presencia.”

Doriana dejó que su labio se contrajera, como si no esperara exactamente ese resultado. “Si insiste,” dijo él.

Binalie asintió levemente. “Aquí es.”

Entró el primero en una habitación rotulada como “Trazado de Esquemas”, ordenó al humano y al duros que habían estado trabajando en un par de mesas de dibujo que salieran, y cerró con llave la puerta tras él. Girando una de las dos sillas para su visitante, se alzó en una posición medio sentado medio inclinado sobre una de las mesas. “Escuchémoslo,” dijo gruñendo.

“Es muy simple,” dijo Doriana, sentándose y mirando con calma al hombre que había sobre él. “Cómo usted dice, Creaciones Spaarti es única en su clase. Al no poder duplicarla, tendremos que usarla tal y como está.”

La expresión de Binalie no cambió ni un ápice. Estaba claro que había adivinado el por qué de la visita. “Imposible,” dijo él. “Este es el único negocio viable de una especie sub-minoritaria -los Cranscoc- y por ello está protegido por la Directiva 422 del Senado. La interferencia gubernamental en esta operación está estricta y expresamente prohibida.”

“Los tiempos desesperados requieren medidas desesperadas,” contraatacó Doriana, sacando una tarjeta de datos de un bolsillo interior. “Directiva 3591 del Senado, dando al Canciller Supremo Palpatine autoridad ilimitada para tomar el control de cualquier recurso o grupo de recursos que crea necesarios para la rápida conclusión de las hostilidades,”

Le tendió la tarjeta a Binalie. “Desde esta tarde, Creaciones Spaarti dedicará todas sus instalaciones a la manufactura de un nuevo diseño de tanques de clonación.”

Lentamente, Binalie cogió la tarjeta y la insertó en su datapad. Durante un largo minuto, el único sonido en la sala era el zumbido apagado de la cadena de montaje fuera del palio transparente de la oficina mientras leía y releía la directiva. “No puede hacer esto,” dijo cuando finalmente apartó los ojos del texto. “¿No ha escuchado lo que le he dicho en mi oficina? Si toma el control de Spaarti, será una cuestión de tiempo que los Separatistas aparezcan.”

“Punto uno: no tiene elección en este caso,” dijo Doriana, dejando que su voz se endureciera. “La directiva del Senado es clara, y la decisión de Canciller Supremo ha sido tomada. Punto dos: No hay razón para que los Separatistas se enteren de esto. Si hacemos bien nuestro trabajo,

nadie sabrá que los cajones marcados como equipo de cosecha o para túneles contienen en realidad cilindros de clonación. Sobre mi presencia aquí, ya he establecido la coartada de que estoy interviniendo de parte de Emil Kerseage."

"¿Qué pasa con mis trabajadores?" replicó Binalie. "Sin contar a los tejedores, empleamos a cerca de trece mil humanos y alienígenas. ¿Cómo va a conseguir que se queden callados?"

"No pueden hablar sobre lo que no saben," dijo Doriana. "Y en aproximadamente cuatro horas va a hacerlos salir de la fábrica y a confinarlos en sus hogares."

"Oh, lo haré, ¿verdad?" dijo Binalie sarcásticamente. "¿Y como espera que lo justifique?"

"No se necesita justificación," dijo Doriana con calma. "La ley requiere cuarentena médica en casos de fiebre plyridiana."

La boca de Binalie se abrió un centímetro. "¿Fiebre plyridi-?" sus ojos se volvieron hacia el palio "¿Qué ha hecho?"

"Cálmese, Lord Binalie," dijo Doriana. "Los tres humanos y dos alienígenas que he tratado mientras pasábamos-"

"¿Qué ha hecho?" gruñó Binalie. "¿Los ha infectado deliberadamente?"

"Le he dicho que se calme," repitió Doriana, subiendo la voz. "Por supuesto que no he infectado a nadie. El periodo de incubación de la fiebre plyridiana es de cuatro semanas. Lo que he hecho ha sido darles algo que imitara la enfermedad, creando un convincente cuadro sintomático. No están en peligro, ni ellos ni nadie. Pero nadie lo sabrá durante al menos cuatro semanas."

Binalie tenía la mirada de alguien masticando una mifka amarga. "Y mientras estén todos en cuarentena, naturalmente usted me ofrecerá una unidad de cuidados, ¿no?" gruñó él.

"Es eso o cerrar el planeta por completo," señaló Doriana. "Los Cranscoc, siendo de sangre fría, son inmunes a la fiebre plyridiana, así que pueden seguir trabajando normalmente."

"Esto es completamente inconcebible," dijo Torles desde la esquina de la habitación.

Doriana se había estado preguntando cuando diría algo el Jedi. De forma irreverente, se preguntaba si quizás el viejo estaba dormitando y se había perdido algo de la conversación. "¿Disculpe?" preguntó, girando para encarar al viejo.

"Esta es una violación flagrante de todas las normas de comportamiento," insistió Torles. "No puedo y no me quedaré parado ni seré parte de esto."

"Esto es la guerra, Maestro Torles," le recordó Doriana. "No sólo una guerra, sino una guerra de supervivencia. Si perdemos, la República está acabada."

"No me importa," dijo Torles llanamente. "Le puedo decir que el Consejo Jedi no le permitirá aterrorizar a la gente de Cartao con el miedo a una plaga inexistente."

"Quizás el Consejo Jedi ve las cosas de una manera diferente a usted," dijo Doriana sacando una segunda tarjeta de datos de su bolsillo. "Aquí están las instrucciones, ordenándole cooperar conmigo y con mi gente."

Levantó las cejas. "Aún reconoce la autoridad del Consejo, ¿no es así?"

Silenciosamente, con la misma completa falta de entusiasmo con la que Lord Binalie había cogido la primera tarjeta de datos, Torles aceptó la segunda. "Bien," dijo Doriana enérgicamente mientras se ponía en pie. "Entonces lo único que queda es que vuelva a casa y se prepare para que cinco de sus trabajadores sufran mareos y fiebre."

“Y usted, supongo, hará el resto” dijo Binalie amargamente.

“Por supuesto,” dijo Doriana. “Por eso estoy aquí.”

El primer trabajador se empezó a quejar de mareos cinco minutos antes del tiempo previsto. Nueve minutos después, mientras estaba siendo examinado por el médico de la planta, se desmayó entre espasmos y gemidos. El segundo trabajador era más estoico, y estaba aún en su estación quince minutos más tarde cuando cayó al suelo.

Tres minutos después, Lord Binalie ordenó la evacuación de la planta.



“Ah-Doriana,” le saludó la impávida cara que flotaba sobre el holoproyector de Doriana. “¿Tienes noticias?”

“La planta está lista, Comandante Roshton,” dijo Doriana. “Puede aterrizar cuando desee.”

“Excelente,” dijo Roshton con aprobación. “Y en menos de un día. Hace un trabajo admirable.”

“Hago lo que ordena el Canciller Supremo,” dijo Doriana con cierto tono de advertencia. En estos días de agitación y sospechas, nunca estaba de más recordar a la gente con quien estaba su lealtad. “Ni más ni menos.”

“Por supuesto,” concedió Roshton con calma. “Es lo que todos hacemos.

“Sí,” convino Doriana, mirando a través del palio de la oficina el cielo que se iba oscureciendo. “Es casi de noche, que es cuando los Cranscoc hacen el trabajo de verdad. ¿Cuándo puedo esperar a su gente?”

“El primer transporte está encamino, con los jefes técnicos y los esquemas operativos abordo,” dijo Roshton. “Estarán allí en una hora.”“Bien,” dijo Doriana. “Me aseguraré que los Cranscoc están listos. Ya han sido informados y harán un cambio completo de herramientas esta noche.”

“¿Está seguro de que un contingente de dos mil unidades será suficiente?” preguntó Roshton con la frente ligeramente arrugada. “He estado investigando por mi cuenta y me parece que la planta requiere seis veces ese número.”

“Se supone que somos una unidad de cuidados,” le recordó Doriana. “No sería apropiado que repobláramos la planta.” “Sí, pero...”

“Además. La mayoría de esos trece mil trabajadores tienen tareas de mantenimiento, entrega y movimiento de materias primas,” le cortó Doriana. “Si el Canciller Supremo decide extender la operación, podemos traer personal para-ocuparnos de esos aspectos. Por ahora, concentrémonos en nuestra misión: crear y acumular los cilindros de donación que necesitamos para crear más tropas.”

“Sí, señor,” murmuró Roshton. “Tendrá sus esquemas en una hora, con el resto de transportes a intervalos de treinta minutos.”

“Estoy deseando verlos, Comandante,” dijo Doriana. “Doriana fuera.”

Cerró la conexión, bajando el holoproyector hasta su regazo mientras miraba de nuevo fuera de la oficina, Tenía una sensación espeluznante, sentado a solas en mitad de una habitación tan enorme. Era como ser la última célula viva en un cuerpo muerto, pensó él.

Al otro lado de la plataforma de control del área, un pequeño movimiento le llamó la atención. Un grupo de cranscocs vagaba por allí, y sus pasos parecían tartamudear a medida que caminaban. Él pensó que aún seguían el ritmo de su música silenciosa quizás incluso tarareaban en

una frecuencia inaudible para los humanos.

Extraños alienígenas. Extraña tecnología. Pero aparte de eso, un trabajo muy bien hecho. Levantando de nuevo su holoproyector, tecleó un nuevo código.

La conexión tardó mucho más esta vez. Doriana se esforzó por esperar pacientemente, viendo como los paneles de la distante claraboya se iban oscureciendo.

Y entonces, de una forma repentina quede alguna manera le seguía sorprendiendo, apareció la fantasmagórica imagen holográfica. “Informa,” ordenó calmadamente la figura de la capucha.

“La planta de Creaciones Spaarti ha sido desalojada, Lord Sidious” dijo Doriana. “Los primeros técnicos de la República aterrizaran en una hora, y el resto de técnicos, trabajadores y tropas llegaran durante la noche.”

“¿Cuántas tropas habrá?”

Doriana meditó. “No estoy seguro,” admitió. A Darth Sidious no le gustaba que su gente no tuviera todas las respuestas a sus preguntas. “Palpatine asignó esa parte del plan al Comandante Roshton, y ha sido muy celoso respecto al número exacto del contingente. No pueden ser más de mil soldados clon, posiblemente sean tan sólo quinientos, con Roshton y otros oficiales al mando.”

Para su tranquilidad, Sidious simplemente asintió. “Roshton tiene sus propias ambiciones y cree conocer las reglas del juego,” dijo él despectivamente. “No importa. Ni siquiera mil soldados serán un problema. ¿Qué hay del propietario y del Jedi?”

%o están contentos, pero se han rendido a lo inevitable,” dijo Doriana. “El único problema se dará si Torles decide hablar con el Consejo Jedi para confirmar la orden. No eran entusiastas con la idea, como le dije, y si encuentra a Yoda o Windu en un mal día, puede que uno de ellos decida unilateralmente revocar la decisión.”

“Incluso si se atreven a hacerlo, todo lo que Torles puede hacer en este momento es ruido,” le aseguró Sidious, con un punto malicioso en su voz. “No, todo está yendo según el plan. Lo has hecho bien.”

“Gracias, mi señor,” dijo Doriana, sintiendo el calor del alivio y el orgullo. “¿Alguna nueva orden?”

“Todavía no,” dijo Sidious. “Sigue donde estás y permite que el plan funcione por si sólo. Sonrió cínicamente. “Informa cuando las cosas se pongan interesantes.”

“Lo haré, mi señor,” prometió Doriana.

La cabeza encapuchada asintió y la imagen se desvaneció.

Doriana se puso en pie respirando hondo, guardando de nuevo el holoproyector en la bolsa de su cinturón. El cubo de suerte se había lanzado y el juego había empezado. El siguiente movimiento sería el de la República.

Se paró en la puerta de la oficina, escuchando el pesado silencio y pensando, como siempre hacía en momentos como este, sobre la increíblemente delgada cuerda sobre la que había decidido caminar. Palpatine no tenía ni idea de que su fiel ayudante y consejero era en realidad un agente del Señor Oscuro de los Sith que trabajaba en las sombras para destruir todo aquello que defendía el Canciller Supremo Si Palpatine descubriera la verdad…

Negó vehementemente con la cabeza. No, eso nunca sucedería.

Sidious era demasiado poderoso, y Doriana demasiado listo, como para permitir que esa útil relación se estropeara.

Atravesó el piso vacío, con sus pasos levantando ecos hasta el alto techo. Binalie estaría esperando en la entrada principal de la planta a las fuerzas de la República. El honorable representante del Canciller Supremo

Palpatine debería estar esperando junto a él.



“No es justo,” se quejó Corf, lanzando una piedrecilla a un grupo de insectos que revoloteaban entre un grupo de flores en el pico de la colina. “¿Cómo pueden llegar y apoderarse de todo de esta manera?”

“Estamos en mitad de una guerra,” le recordó Torles. “Todo el mundo tiene que hacer sacrificios.”

“Te apuesto a que Palpatine no está haciendo ningún sacrificio,” dijo Corff aspirando, cogiendo otra piedra y lanzándola tras la primera.

Torles usó la Fuerza y la piedra se paró abruptamente en mitad del aire. “Entiendo que estés enfadado, Corf,” reprendió al chico, bajando la piedra al suelo. “Pero esa no es razón para pagarlo con inocentes insectos.”

Corf silbó entre dientes. “Lo sé,” afirmó renuentemente, mirando al cielo sin nubes. “Es sólo que-bueno, mira; ahí viene otra.”

Torles miró hacia arriba. Una mota negra apareció en la distancia, cayendo desde el espacio hacia ellos. “Mira el lado positivo,” sugirió él. “Quizás sea un transporte que venga a llevárselos.”

“Sí. Seguro,” gruñó Corf, inclinándose y cogiendo otra piedra. Torles le amonestó con la mirada, pero el chico empezó a jugar con ella. “Papá habría dicho algo si fueran a irse. O al menos habría empezado a sonreír otra vez. Además, solo ha pasado una semana, y el estirado de Doriana dijo que estarían durante cuatro.”

“El Maestro Doriana,” le corrigió automáticamente Torles. “Y no deberías ver únicamente la parte negativa de las cosas. Teniendo en cuenta el progreso que están haciendo, bien podrían decidir acortar su estancia.

“¿Y por qué iban a hacerlo?” contestó Corf. “Si están haciendo tanto, ¿por qué parar?”

Esa era una buena pregunta, Torles tenía que admitirlo. Y si era capaz de conseguir una buena respuesta, podría discutir con Doriana al respecto.

Piensa, Jedi, se dijo a sí mismo. Después de todo, la meditación había sido su principal trabajo durante los últimos treinta años. Seguro que podía conseguir un acuerdo que acabara con esta situación.

Y entonces, súbitamente, lo encontró. Quizás. “¿Dónde está tu padre?” preguntó él.

“En la planta,” dijo Corf frunciendo el ceño. “¿Qué pasa?” “Quizás el botón que apretar en Doriana,” dijo Torles sacando su comlink.

“Maestro Doriana.”

“Quedo corregido,” dijo Torles secamente mientras tecleaba la frecuencia de Lord Binalie.

“¿Cuál es el plan?” preguntó Corf. “Venga, dímelo.”

“¿Cuál es la posibilidad que más preocupa al Maestro Doriana?” preguntó Torles retóricamente. “Respuesta: que los Separatistas se enteren de esto y vengan a detenerlo.”

“Vale,” dijo Corf frunciendo el ceño. “¿Y?”

“Todo lo que tenemos que hacer es convencerle de que cuatro semanas son un riesgo,” dijo Torles frunciendo también el ceño. Al

comlink le estaba costando demasiado conectar. "Porque si los Separatistas se enteran, Spaarti se perderá para siempre. La gente de Dooku bloqueará Cartao y será el fin."

Corf hizo una mueca. "Aggh."

"Aggh, eso es," dijo Torles. "En cambio, si Doriana va dando pequeños bocados, infiltrando a su gente durante unos pocos días cada vez, será capaz de mantener el proceso funcionando indefinidamente."

"¿Quieres decir tomando el control de la planta una vez cada mes más o menos?" preguntó Corf dudando. "Vaya. No creo que Papá lo acepte."

"Lo hará si tiene que escoger entre la molestia de Doriana y un bloqueo Separatista," dijo Torles, apagando el comlink y volviendo a encenderlo, con el pelo de la nuca empezando a erizarse. Algo iba muy mal...

Contuvo la respiración, girando la cabeza para mirar hacia arriba mientras maldecía en silencio su falta de atención. La mota negra que habían visto antes estaba mucho más cerca, cayendo hacia ellos como un asteroide impaciente.

Y a esa distancia, Torles podía ver la distintiva silueta de doble ala de la nave.

"¿Qué es eso?" preguntó Corf con un hilo de voz.

"Una nave de aterrizaje C-9979 de la Federación Comercial," dijo Torles, apretando una vez más los controles de su comlink.

"¡Oh, no!" susurró Corf, buscando torpemente su comlink en el cinturón. "¡Tenemos que avisar a Papá!"

"No podemos," le dijo Torles, devolviendo el comlink a su bolsa. "Han inutilizado el sistema."

"Entonces tenemos que ir allí," dijo Corf, volviéndose hacia la casa. "Vamos."

"Espera un momento," dijo Torles, cogiendo al chico por el brazo mientras su mente galopaba. Para el momento que volvieran a la casa y al túnel, la invasión ya habría tenido lugar. Lo que necesitaban era una manera de mandar un mensaje a la gente de dentro.

"¿Qué pasa?" preguntó Corf. "Vamos."

"Calla," le ordenó Torles. "Déjame pensar." Por encima de ellos, la C-9979 se había colocado en una posición de flotación directamente encima de la planta, y quizás unas veinte naves salieron de su ala principal. Reconoció las TAPUs: ágiles plataformas voladoras con un droide de batalla sobre ellas. Empezaron a barrer fuera de la nave en espirales crecientes. Buscando defensas u otras amenazas que pudieran interferir con el aterrizaje o el despliegue de tropas.

Y tres de ellas volaban en ese instante sobre la franja de hierba prohibida entre la finca Binalie y Creaciones Spaarti...

Era una maniobra arriesgada, lo sabía, en todos los sentidos. Pero era lo único que tenía. Sacó su sable de luz, lo encendió y bloqueó el botón de activación, eligiendo la TAPU que parecía estar flotando más cerca de donde él y Corf estaban. Juzgando la velocidad y la distancia del droide lo mejor que pudo, usó la Fuerza y lanzó su sable de luz hacia él.

El droide, atento al suelo que rodeaba a la planta, probablemente ni lo vio venir. El arma giratoria pasó a través de su TAPU, con la brillante hoja verde cortando la batería a sus pies. Con una plana exclamación electrónica de sorpresa, el droide y la máquina cayeron desde el cielo y golpearon el suelo con un sonido sordo.

Los otros droides reaccionaron instantáneamente, con las dos TAPUs girando hacia el camarada caído y las cabezas metálicas girando de un

lado a otro buscando la fuente del ataque. “Corre,” ordenó Torles a Corf mientras llamaba al sable de luz de vuelta. “Vuelve a la casa y a la sala segura. Hemos hecho todo lo que podíamos.”

“¿Pero que pasa con Papá?” preguntó Corf ansiosamente, dando un par de pasos vacilantes colina abajo.

“Cogeré uno de los speeders en el túnel cuando tú estés a salvo,” le dijo Torles. Los droides le habían visto, y los blasters gemelos de las TAPU, empezaban a apuntarle. “Ve. Iré detrás de ti.”

Un par de disparos de blaster dieron tras el, incómodamente cero “¿De acuerdo?,” dijo Corf, dándose la vuelta y partiendo finalmente. “Pero iré contigo,” dijo gritando por encima de su hombro. “Los speeders no funcionan si no hay alguien de la familia abordo.”

El sable de luz volvió a la mano de Torles medio segundo antes de que los droides lo tuvieran a tiro. Pero para un Jedi, medio segundo en más que suficiente. El sable de luz se hizo borroso en sus manos, girando como un makthier cazador mientras interceptaba los disparos de blaster y los devolvía. Un par de rebotes más tarde, había tres TAPUs y droide! destruidos en la zona prohibida.

Apagando su sable de luz, Torles se giró y corrió, siguiendo al chico que ahora estaba a medio camino de la mansión. Había hecho todo lo que había podido para avisar a los que estaban dentro de la planta. Ahora era el momento de unirse a ellos.

Tan solo esperaba llegar antes que los droides.

“Espero que se de cuenta de lo increíble que es,” comentó el Comandante Roshton mientras le devolvía el datapad al técnico. “Habíamos pensado que las materias primas que teníamos acumuladas durarían cuatro semanas. De hecho, al ritmo de producción que llevamos, tendremos que pedir más en dos semanas.”

“No estoy sorprendido,” dijo Doriana. “Creaciones Spaarti tiene la reputación de lograr imposibles.”

“Es un recurso increíble, Lord Binalie,” reconoció Roshton girándose hacia Binalie. “Debería estar muy orgulloso.”

Binalie no contestó. Había estado cada vez más silencioso últimamente según había notado Doriana, mientras veía como su adorada planta de manufactura se convertía en hileras e hileras de tanques de donación.

Roshton no se dio cuenta o no le dio importancia. “No se si el Maestro Doriana lo ha mencionado, pero estos son un modelo más avanzado de tanques de donación que los utilizados en Kamino,” continuó el coman dante, girando la cabeza lentamente a medida que examinaba la bulliciosa área de ensamblaje. “Es el problema de quedarse aislado; no estás al día de los avances tecnológicos. Estos deberían ser capaces de crear clones en una décima parte del tiempo quo necesitaban los kaminoanos para hacer el trabajo. Si conseguimos poner en marcha unos pocos millones de estos, los Separatistas ya se pueden ir despidiendo de sus ejércitos de droides.”

De pronto, frunció el ceño. “¿Qué les pasa?”

“¿A quién?” preguntó Doriana, siguiendo la línea de visión del otro hasta la plataforma de control del área. Los cinco Cranscoc de guardia estaban vibrando como unos repulsores defectuosos, parpadeando con rápidos cambios de color.

“Algo va mal,” declaró Binalie, saliendo de su estado enfurruñado. Pasando junto a Roshton, corrió hacia la plataforma, bajando los escalones de dos en dos.

Estaba inclinado sobre el alienígena más cercano cuando Doriana y Roshton llegaron hasta él, que estaba con los ojos medio cerrados mientras estudiaba el patrón de cambios de color del alienígena. De

cerca, Doriana pudo ver que las alteraciones eran más variadas y sutiles de lo que creía. “Están molestos por algo,” murmuró Binalie. “La violación de algún tabú…”

.¿Puede leer eso?” preguntó Roshton. “No sabía que pudieran-” “Calle,” le cortó Doriana. Roshton le dedicó una mirada.

“La zona de hierba,” dijo Binalie abruptamente. “Alguien o algo está en la franja de hierba sur.”

“¿Eso es todo?” dijo Roshton sonando disgustado. “Probablemente algún estúpido chiquillo de la ciudad.”

“No,” insistió Binalie. “Todo el mundo en esta parte de Cartao lo sabe. Se trata de su gente-”

Se paró, mirando con dureza a Doriana. “O los Separatistas,” acabó Doriana por el, cogiendo su comlink. “Comandante: alerta total.” “Ridículo,” insistió Roshton. Pero ya había sacado su comlink y estaba pulsando la tecla.

“¿Cómo han podido-?”

“No recibo nada,” dijo Doriana mientras probaba otro canal. “¿Comandante?”

“Han bloqueado las comunicaciones,” dijo Roshton, desapareciendo el escepticismo de su voz.

“¿Qué hacemos?” preguntó nerviosamente Binalie, mirando alrededor como si esperase ver un droide abriéndose camino por las parrillas de drenaje.

“Nos preparamos para encarar al enemigo,” dijo Roshton, con la voz fría y calmada. Desenfundando su blaster, apuntó al techo y apretó el gatillo.

Incluso en mitad del mosaico auditivo de ruidos de la fábrica, el silbido característico del blaster se hizo notar entre los ruidos. Roshton disparó tres veces más, hizo una pausa y disparó dos veces. Doriana se tapó los oídos. Desde la habitación, escuchó el sonido apagado de una señal de respuesta. “La alerta ha sido dada,” dijo Roshton, apartando su comlink pero dejando el blaster desenfundado. “Vamos – mi centro de mando está en la siguiente área de ensamblaje.”

Un teniente soldado clon y un técnico jefe estaban esperando cuando los tres llegaron al centro de mando, el primero en posición de firmes y el segundo casi cómico moviéndose hacia atrás y atrás sobre sus pies. “Informe,” ordenó Roshton, mirando al esquema de estado que mostraba la disposición de las tropas.

“Una C-9979 de la Federación Comercial está flotando sobre la planta,” contestó el teniente.

“Aproximadamente veinte TAPUs dan soporte aéreo; tres se han estrellado al sur. Una nave nodriza de control de clase Lucrehulk de la Federación Comercial ha aparecido en el horizonte. No hay otros vehículos en el rango de detección.”

“¿Muy malo?” murmuró Binalie.

“Lo suficiente,” le dijo Roshton. “Una sola C-9979 puede llevar once vehículos de transporte MTT, con ciento doce droides cada uno, y ciento catorce tanques de batalla AAT. Además, la nave nodriza probablemente tengo un par más de C-9979 por si lo necesitan.”

Binalie empalideció. “¿Está diciendo que podría haber cerca de tres mil droides de batalla ahí fuera? ¿Además de todos esos tanques?”

“De hecho, si añade las tripulaciones de los AAT, estamos hablando más bien de cinco mil droides, murmuró Doriana.

“Así que cinco mil droides,” dijo duramente Binalie. “Y usted tiene, ¿cuántos? ¿novecientos hombres?”

Roshton sonrió levemente. “Tengo novecientos soldados clon,” le corrigió. “Hay una gran diferencia. Teniente, ¿están los ojeadores en posición?”

“Todas las puertas están vigiladas,” confirmó el soldado clon. “Cuando quiera que lleguen, lo sabremos.”

“Afortunadamente no hay demasiadas posibilidades,” murmuró Roshton, mirando a su panel de estado de nuevo. “Las puertas del este y el oeste son las únicas con el espacio suficiente para una C-9979.”

“De acuerdo,” dijo el teniente. “Las tropas se están poniendo en capas en ambas.”

“¿Qué quiere decir con lo de las capas?” preguntó Binalie. “Están formando sucesivas líneas de defensa de puertas adentro,” le dijo Roshton.

“¿Qué hay de las entradas norte y nordeste? No las estamos dejando desprotegidas, ¿no?”

“Espere un momento,” interrumpió Binalie de nuevo.

“¿Líneas defensivas dentro de la planta? No puede luchar aquí.” “Bueno, seguro que no podemos luchar fuera,” señaló Roshton. “No sin apoyo aéreo.”

“Entonces no va a luchar,” dijo Binalie llanamente. “El equipo que hay aquí es delicado e irremplazable.”

Roshton gruñó. “¿Entregaría la planta a los Separatistas?”

“Si esas son las dos únicas opciones, sí,” dijo Binalie con la voz helada. “Quizás no entienda lo que esta planta significa para Cartao y el resto del sector–”

“Un momento,” le cortó el teniente, con el casco torcido ligeramente hacía el lado.

“Han levantado el bloqueo del comlink. Están transmitiendo un mensaje por todos los canales públicos.”

Roshton ya había sacado su comlink. “Fuerzas de la República,” dijo una aceitosa voz neimoidiana desde el altavoz. “Están rodeadas y superadas en número. Ríndanse o nos veremos forzados a destruirlas.”

“Ya he escuchado eso antes,” contestó Roshton, dando indicaciones con las manos al teniente. Éste asintió y salió, y Doriana pudo escuchar el apagado sonido de su voz a través del casco mientras daba rápidas órdenes. “Pero le complaceré. ¿Qué es lo que quiere?”

“Queremos Creaciones Spaarti,” dijo el neimoidiano. “Saldrán todos por la puerta oeste y dejarán sus armas–”

Roshton apagó el comlink. “Puerta oeste,” le dijo al teniente.

Confirmado,” contestó el otro. “La C-9979 está aterrizando en el área entre el bosque y la planta. Estamos moviendo a las tropas para responder.”

Roshton asintió. “Vamos.”

Binalie le cogió del brazo cuando se disponía a salir. “Comandante, no le dejaré luchar en mi planta,” le advirtió. “Si es necesario, les abriré las puertas yo mismo.”

“Hágalo y será ejecutado por traición,” gruñó Roshton, quitándole la mano de encima.

Binalie se giró hacia Doriana, con la cara en una mueca de frustración. “¿Doriana?”

“Lord Binalie tiene razón, Comandante,” dijo Doriana. “Creaciones Spaarti es demasiado valiosa como para arriesgarse a dañarla.”

Roshton puso sus furiosos ojos sobre él–”Pero al mismo tiempo, Lord Binalie, el Comandante Roshton no puede dejar que sus civiles caigan en manos del enemigo,” continuó Doriana. “Me temo que no hay una

respuesta clara."

Los labios de Binalie se comprimieron en una línea. "¿Y si llevo a los técnicos a través del túnel hasta mi casa?" sugirió él. "¿Puede mantener a los droides fuera el tiempo suficiente para que los pueda evacuar?"

"Podemos intentarlo," dijo Roshton, estudiando su cara un momento y volviéndose hacia el técnico jefe. "Junte a su gente en el Área de Ensamblaje Cuatro para la evacuación. Teniente, vamos allá."

Los dos atravesaron el piso hacia la puerta oeste corriendo. Doriana esperó el tiempo suficiente hasta asegurarse de que Binalie y el técnico jefe iban hacia el Área Cuatro y partió tras los soldados.

Después de todo, era apropiado que se quedara el tiempo suficiente para ver como esos bravos soldados empezaban su última batalla.

La "puerta oeste" era más un gran hangar de vehículos que una simple puerta, formada par una gran sala de transferencia tras unas puertas correderas lo suficientemente grandes como para dar cabida a todo aquello que una fábrica moderna pudiera necesitar. Doriana Negó a la sala de transferencia y vio que las puertas habían sido ligeramente abiertas, y Roshton y el teniente estaban mirando por la rendija. La sala de transferencia estaba llena de cientos de soldados clon con sus armaduras blancas moviéndose de un lado a otro, colocándose en posición cerca de las puertas y tras los vehículos de carga aparcados junto a las paredes, o montando un semicírculo de cañones láser en el suelo a unos doce metros de las puertas. "¿Qué sucede?" preguntó él mientras llegaba hasta Roshton.

"Han aterrizado," dijo Roshton, sonando distraído mientras miraba por la rendija. Doriana vio que llevaba puestos unos auriculares comlink de soldado clon; probablemente escuchaba los informes de estado del resto de sus oficiales. "Están escaneando con sus sensores para asegurarse de que el suelo está libre de minas."

"¿Cuál es el plan?" preguntó Doriana, echando con cuidado un vistazo entre las puertas. Incluso asentada en el suelo, la nave parecía una nube de tormenta de metal enfadada.

"Los paramos, por supuesto," dijo Roshton brevemente. "Al menos les haremos pagar con creces cada centímetro cuadrado."

"¿De qué está hablando?" preguntó Doriana con el ceño fruncido. "¿No estaba escuchando antes? No podemos luchar aquí."

Roshton giró la cabeza para mirarle. "Pensaba que lo había dicho para quitarnos de encima a Binalie.

"Por supuesto que no," dijo Doriana. "Mi posición era la que indiqué. No podemos permitir que los técnicos caigan en manos de los Separatistas – saben demasiado sobre nuestra tecnología. Pero tampoco podemos permitir que la planta sea dañada."

"¿Así que lo que está diciendo es que deberíamos salir fuera?" inquirió Roshton con dureza. "¿Que debería quedarme viendo como masacran a mis tropas sólo para conseguir un poco de tiempo para que Binalie evacue a los técnicos?"

"Lo siento," dijo Doriana en voz baja y con sinceridad. "Sé que esto le pone en una posición imposible. Pero me temo que no tenemos elección."

"Demonios, claro que tenemos elección." Contestó Roshton. "Y si piensa–" Hizo una pausa. "¿Qué? De acuerdo, póngalo."

"¿Qué pasa?" preguntó Doriana.

"Su Jedi ha llegado con el hijo de Binalie," dijo Roshton brevemente.

"¿Maestro Torles? Sí, aquí Roshton."

Durante más o menos medio minuto escuchó, con la frente arrugada por la concentración. Entonces, sorprendentemente, sonrió. “Entendido,”

dijo él. “Lo intentaremos. ¿Teniente?”

“Estoy en ello, señor,” dijo el soldado clon.

Roshton se giró hacia Doriana. “Quizás tengamos elección” dijo él. “Línea de defensa, preparen una lluvia invertida; apunten a mi señal. Y abran esas puertas.”

Con un estruendo, las pesadas puertas empezaron a deslizarse hacia los lados. “Hora de buscar protección, Doriana,” dijo Roshton indicando hacia el lado. “Por aquí.”

Unos segundos más tarde estaban agachados tras un gran camión de carga aparcado junto a la pared lateral. “¿Qué sucede?” preguntó Doriana, intentando mantener la calma en su voz. De pronto, esto no iba tal y como él lo había planeado. “¿Esto no nos dejará abiertos a un ataca a gran escala?”

“Podría ser,” reconoció Roshton. “O podría hacer que le diéramos un final diferente al juego.”

Eso sonó muy ominoso. “¿Es eso lo el Jedi le dijo que hiciera?” preguntó Doriana cuidadosamente.

“No, esta parte ha sido idea mía,” dijo Roshton. “El Maestro Torles simplemente me ha recordado otro de nuestros objetivos.” Estiró el cuello. “Ahí van.”

Doriana sacó un ojo por detrás del camión. Fuera, las pesadas puertas de despliegue de la C-9979 se estaban abriendo, y la rampa estaba empezando a descender hacia el suelo. En la relativa oscuridad tras las puertas, pudo ver la nariz relativamente bulbosa y el cañón blaster del transporte acorazado de droides MTT esperando en el pedestal de aterrizaje. “Quietos,” ordenó Roshton con calma. “El objetivo está a estribor del condensador láser.”

Doriana frunció el ceño; pero antes de que pudiera preguntar, el MTT soltó un ronquido por la ventilación del sistema de ventilación y empezó a deslizarse hacia la rampa.

“Fuego,” dijo Roshton de forma calmada.

Y con el ruido ensordecedor de las armas haciendo eco en la gran sala, los soldados clon abrieron fuego.

Doriana escudriñó con la vista mientras cientos de armas de energía enfocaban su furia sobre la gruesa coraza tras la torreta izquierda de cañones blaster del MTT, parpadeando por el ruido y las olas de calor que le llegaban. La coraza del MTT era increíblemente gruesa, lo sabía, pero los diseñadores del transporte no podrían haber previsto una situación en la que tanto poder de fuego se centrara en un punto tan pequeño. El brillo intenso alrededor del condensador empezó a extenderse hacia fuera a medida que la aleación de metal se convertía en plasma supercaliente.

Y apenas dos segundos tras el asalto, las armas de la República atravesaron la coraza hasta llegar al condensador de alta energía que había tras ella.

Toda la parte izquierda del MTT desapareció en una bola de fuego gigante que llegó hasta el ala frontal de la C-9979. Una serle de pequeñas explosiones hicieron erupción tras la primera, a medida que los sistemas secundarios iban estallando en cadena. Uno segundos después, con un grito ensordecedor, los repulsores se desintegraron, y la cáscara ennegrecida de lo que había sido un MTT cargado quedó destruida sobre la rampa.

Bloqueando el paso de los vehículos tras él.

“¡Eso Es!” gritó Roshton en medio de esa locura, con una sonrisa salvaje en su rostro. “¡Todas las unidades en retirada!” cogió a Doriana por el brazo. “Vamos, Doriana.”

No dejaron de correr hasta estar dos áreas de ensamblaje más adelante y hasta que el ruido de fuera fue un simple rugido apagado. “Inteligente,” dijo Doriana, respirando con dificultad mientras Roshton reducía el paso hasta un trote ligero. “Bloquear la rampa para dejarlos encallados hasta que puedan limpiar los destrozos. ¿Pero qué hemos ganado con ello?”

“Opciones, por supuesto,” le dijo Roshton, mirando atrás por encima del hombro. Doriana también miró y vio a los soldados clon en ordenada retirada. “Antes de hacer eso, no habría habido manera de retirarnos sin llevar la batalla al interior de la planta, cosa que usted nos había prohibido. Habríamos tenido que permanecer ahí y morir.”

Gesticuló delante de ellos con el blaster. “Ahora, deberíamos tener tiempo suficiente para atravesar el túnel de Binalie y salir a la superficie.”

Doriana sintió como se le torcía el labio. Novecientos soldados clon listos y esperando para hostigar al ejército Separatista. No se suponía que debía ir así. “¿Qué le dijo exactamente Torles?”

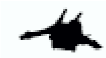
Roshton le sonrió. “Ya verá. Vamos, guarde el aliento para la carrera.”



Permanecían en la colina al borde de la finca Binalie: Torles, Binalie en persona, Doriana y el Comandante Roshton, el último disfrazado con ropa de civil. “Así que eso es todo, ¿no?” preguntó Binalie.

“Por ahora, sí,” le dijo Torles, mirando a través de la franja de hierba que había entre ellos y Creaciones Spaarti mientras los tonos rosados y ama rulos de la puesta de sol se empezaban a desvanecer en el cielo del oeste.

Y las sombras ardientes de los cascos de media docena de tanques de batalla AAT se alargaron por la zona de hierba prohibida. “Mis felicitaciones a sus tiradores,” añadió.



2. El alzamiento del Héroe

Haciendo una parada en el aire sobre la franja de hierba de un kilómetro de ancho que separaba la fábrica de Creaciones Spaarti del margen norte de la finca de la familia Binalie, los elevadores de carga pesada empezaron a hacer descender sus pinzas magnéticas. Kinman Doriana no podía l ver el suelo bajo ellos desde su posición -las colinas de la finca i bloqueaban su visión- pero imaginaba que estarían flotando sobre las últimas máquinas de guerra destruidas que acabaron allí tras el asalto de los Separatistas a la planta dos días antes.

Al menos, pensó Doriana despiadadamente, los neimoidianos que comandaban el ejército droide ocupante habían aprendido a no llevar vehículos de limpieza por tierra hasta la franja de hierba prohibida. Mirando a su alrededor para asegurarse de que el grupo de árboles en el que se encontraba no era observado, sacó su holoproyector y tecleó el código de contacto.

La luz de contacto parpadeó cuando el dispositivo se conectó a la central comlink local, luego a su nave personal y a su nodo especial de la HoloRed y después a través de la vasta extensión de la república hasta uno de la docena de nodos de la HoloRed en Coruscant y finalmente al escritorio privado del Canciller Supremo Palpatine. Doriana miró los elevadores mientras esperaba, pensando si Palpatine estaría allí o en alguna reunión.

La imagen de la cara más conocida de la galaxia apareció en el aire sobre el holoproyector. “Maestro Doriana,” dijo Palpatine, asintiendo a su consejero. “¿Tiene buenas noticias?”

“Me temo que todo lo contrario,” admitió Doriana. “Los Separatistas aún ocupan Creaciones Spaarti, y parece que se han dado cuenta de que los vehículos o la gente en el borde sur de la planta molestan a los tejedores Cranscoc. Están limpiando los restos de la zona de hierba, y creo que esta noche serán capaces de reconfigurar la planta para lo que sea que quieran construir aquí”

“No es una idea agradable;” dijo Palpatine gravemente. “¿Está familiarizado con el proyecto D-90?”

“No,” dijo Doriana. “¿Es uno de los suyos?”

Palpatine torció el labio. “Apenas. Es un droide de combate experimental, con la reputación de ser tan duro como el droide de asalto D-60 de la Federación Comercial, pero más versátil.”

“Ya veo,” dijo Doriana. El D-60 era una versión del tamaño de un hombre y medio de los súper droides de batalla que la Federación comercial había usado en la Batalla de Geonosis. “¿Cuánto más versátil?”

“Considerablemente más,” dijo Palpatine. “Estarán coordinados en pequeños equipos en lugar de bloques enteros de modo que puedan ser usados como unidades comando además de simples tropas de choque:”

“Una idea desagradable,” dijo Doriana. De modo que los Separatistas tenían finalmente una nueva arma sobre la mesa. Ya era hora. “¿Piensa que han venido aquí a empezar la producción?”

“Eso es lo que cree nuestra gente de Inteligencia” dijo Palpatine. “Personalmente, sospecho que aún hay algunos fallos de sistema y que esperan usar Spaarti para probar y acabar el diseño. ¿Cuál es la situación militar actual?”

“Por el momento, básicamente estancada,” le dijo Doriana. “El Comandante Roshton y sus soldados clon han bajado a tierra, algunos de ellos aquí a la finca de Lord Binalie y el resto dispersos por algún lugar. Han estado acosando a los

droides donde ha sido posible, pero los Separatistas han permanecido en el interior, donde no podemos llegar hasta ellos sin arriesgarnos a dañar la planta.”

“Algo que ni ellos ni nosotros queremos,” dijo Palpatine. “¿Qué hay de los técnicos?”

“Binalie tiene una habitación de seguridad secreta -básicamente un subsótano protegido- que conecta con el túnel hacia la planta,” dijo Doriana. “Los técnicos están ocultos ahí abajo.”

“¿Comunicaciones?”

“Los Separatistas siguen bloqueando el sistema de comunicaciones local y el nodo de la HoloRed, le explicó Doriana. “Pero Roshton reconfiguró sus comlinks para evitarlo. Serán capaces de moverse rápido si tienen la ocasión.”

“Entonces deberán tenerla,” dijo Palpatine. “Un crucero ligero de la República está en camino con el poder de fuego necesario para destruir la nave de control que orbita sobre ustedes. Una vez el ejército droide esté indefenso, creo que el Comandante Roshton no tendrá ningún problema con los supervisores neimoidianos y sus técnicos.”

“Estoy seguro de que no lo tendrá,” concedió Doriana.

“¿Para cuándo podemos esperar esta nave?”

“Quizás esta misma noche,” dijo Palpatine. “Quizás dentro de tres días. Depende de la resistencia con la que se encuentre en su camino.”

“Entendido,” le aseguró Doriana. “Gracias, Canciller. Esperaremos su llegada”

Palpatine le ofreció una sonrisa cansada. Doriana sabía que la guerra le estaba afectando mucho. “Manténgame informado.”

La imagen se desvaneció. Doriana cerró la conexión y miró hacia atrás hacia los elevadores. Levantaban el casco ennegrecido de la última máquina de guerra destruida y lo estaban remolcando hacia la planta.

Planeaban descargarlo en cualquier lugar de los extensos campos de Spaarti, sin duda. Radie sabía por qué los Cranscoc insistían que esa franja de tierra en particular -y sólo esa- quedara desocupada, ni siquiera Lord Binalie. Doriana observó hasta que los elevadores y su carga desaparecieron tras los tejados de la planta Spaarti, entonces tecleó un código diferente en su holoproyector. Había hecho su trabajo oficial, informar de la situación al hombre cuya oficina le pagaba.

Ahora era el momento de hacer lo mismo para el hombre que le daba las órdenes.

Como era habitual, costó más que el holoproyector hiciera la conexión. Doriana hizo tiempo observando el cielo mientras pensaba en qué debían estar haciendo los neimoidianos dentro de la planta. Ahora que la hierba del sur estaba limpia, seguramente intentarían hacer que los tejedores Cranscoc reconfigurarán la planta esa noche. La única pregunta era, ¿qué dirección tomaría la reconfguración? ¿La creación de prototipos D-90, como pensaba Palpatine? ¿O tenían planeado algo más? Desde la distancia podía escuchar el rumor de los repulsores...

Y de pronto, cuatro transportes pequeños aparecieron sobre las colinas entre él y Creaciones Spaarti, un escuadrón de TAPUs volando de forma defensiva usándolas como pantalla, moviéndose con la urgencia de los pilotos que saben que hay francotiradores en el área. El tumulto pasó disparado sobre su cabeza y viró hacia abajo, con los transportes rompiendo abruptamente la formación y tomando posición en los cuatro lados de la mansión Binalie a un kilómetro de distancia. Con la clase de precisión que sólo los droides controlados remotamente podrían tener, los cuatro se dejaron caer simultáneamente al suelo.

Y de las escotillas surgieron hileras de droides de batalla. “Informe.”

Sobresaltado, Doriana devolvió su atención al holoproyector. La imagen encapuchada de Darth Sidious flotó sobre la pequeña plataforma de

proyección, con expresión inescrutable. “Disculpe, Lord Sidious,” se disculpó Doriana apresuradamente. “Mi atención estaba en otro lugar.”

Para su tranquilidad, Sidious simplemente sonrió. “¿Los neimoidianos han hecho finalmente un movimiento?”

“Algo así, sí,” dijo Doriana, atreviéndose a dividir su atención entre la imagen de su maestro y la actividad que tenía lugar alrededor de la mansión. A los droides de batalla se les había unido un puñado de los inmensos droides de asalto D-60 y un par de droidekas. La mayoría de ellos se colocaron en forma de cordón defensivo alrededor de la mansión, pero cuatro de los droides de asalto esperaban justo al lado del transporte más cercano a la puerta principal de la mansión. Mientras miraba, dos neimoidianos salieron por la escotilla hacia el cuadrado de protección de los droides de asalto y se escabulleron por la hierba hacia la puerta. “Parece que han decidido tener una charla con Lord Binalie,” le dijo a Sidious.

“¿Hablar les servirá de algo?”

Doriana se encogió de hombros cuando el grupo desapareció en el interior. “Binalie no puede hacer que la planta vaya más rápida,” dijo él. “Quizás quieran que actúe de intérprete con los Cranscoc -él parece entender su lenguaje de colores de piel.”

“Más bien buscan un rehén.”

“Posiblemente,” asintió Doriana. “Podría ser útil, si Roshton está dispuesto a seguir el juego.”

“Será tu responsabilidad que lo haga,” dijo Sidious directamente. “Y eso también va por ese Jedi, Torles. No quiero que ninguno de los dos dé problemas hasta que lleguen las fuerzas de la República.”

Doriana parpadeó. “¿Lo sabía?”

Otra pequeña sonrisa. “¿Pensabas que eras mi única fuente de información, Doriana?”

“Por supuesto que no, mi señor,” dijo Doriana rápidamente. Aún así, no pudo evitar sentir cierta decepción. Esperaba dar esa noticia él mismo.

“Pero la información es útil sólo cuando alguien está en posición de aprovecharla,” continuó Sidious. “Y no podemos permitir que la República o los Separatistas dañen Creaciones Spaarti.”

“Entiendo, mi señor,” dijo Doriana.

“Bien,” dijo Sidious. “Entonces, cumple con tus órdenes.” La imagen se desvaneció.

Doriana apartó el holoproyector. Los droides habían terminado de formar

su cordón alrededor de la mansión, los droides de asalto controlaban las esquinas y las entradas de la mansión mientras que los droidekas patrullaban el perímetro. No parecía que nadie fuera a entrar o salir en breve.

Sus ojos barrieron el terreno, imaginando como estarían reaccionando los empleados de Lord Binalie a la repentina invasión. Pero la única persona que podía ver estaba a un cuarto del camino alrededor de la mansión, al este: un jardinero arrodillado junto a uno de los arbustos esculpidos. Aparentemente, los trabajadores más observadores habían reaccionado apresurándose a desaparecer. El jardinero miró hacia arriba, secándose la frente con una mano enguantada

Y Doriana hizo una mueca. No era un jardinero.

Era el Comandante Roshton.

Maldiciendo entre dientes, Doriana se encaminó hacia Roshton, andando tan rápido como podía sin llamar la atención de los droides, con la advertencia de Darth Sidious resonando en su cabeza. Roshton, el idiota, iba a arruinarlo todo.



“No.” dijo firmemente Lord Pilester Binalie. “Voy a sentarme y a dejar que esos monstruos ocupen mi planta.”

“Comprendo su frustración;” dijo suavemente Jafer Torles. “Pero estoy seguro de que no están provocando ningún daño allí. Podrían haber destruido Spaarti desde la órbita si hubieran querido.”

“Sé lo que quieren: lo mismo que quieren Doriana y la República;” gruñó Binalie. “La cuestión es que cuanto más dure este loco baile, más posibilidades hay de que alguien se vuelva descuidado. Cuando eso ocurra, será el fin de Creaciones Spaarti.”

“Pero la República va a enviar ayuda, ¿no es cierto?”

El hijo de doce años de Binalie, Corf, habló desde su silla en la otra esquina del escritorio.

“Probablemente,” respondió secamente Binalie al chico.”Pero empiezo a pensar que más soldados es lo último que necesitamos.”

Torles frunció el ceño. “¿Qué quiere decir?”

“Lo qué acabo de decir,” gruñó Binalie.”La República y los Separatistas son como un par de dokrikas peleándose por un hueso. ¿Qué importa quién esté al mando cuando la planta se destruya?”

“¿Entonces que sugiere?” Preguntó Torles.

Los labios de Binalie se apretaron por un instante. “Que saquemos a los Separatistas nosotros mismos, ahora, antes de que Roshton y sus soldados clon se puedan reagrupar para atacar. Sobornarles, chantajearles -incluso a ayudarles a acabar su trabajo si prometen que se marcharán después-”

“No puede hablar en serio,” protestó Torles con el ceño fruncido. Había un susurro de advertencia de la Fuerza; la sensación de mentes alienígenas en los alrededores.

“¿Por qué no?” Contestó Binalie. “¿Qué te preocupa, las amenazas de Roshton sobre la traición? Eso no es más que una sarta de-” Paró cuando unos pesados pasos sonaron al otro lado de la puerta de la oficina.

“¿Qué demonios?” Murmuró mientras empezaba a levantarse.

Con estruendo, la puerta fue empujada violentamente hacia dentro, con el panel arrancado golpeando el suelo y rebotando dos metros por la habitación.

Binalie volvió a caer en su silla con una maldición, bajando la mano hacia uno de los cajones del escritorio.

“¡No!” Saltó Torles, usando la Fuerza para frenar el brazo del otro.

Llegó justo a tiempo. Medio segundo más tarde, las

monstruosas formas metálicas de dos grandes droides de

combate aparecieron en la habitación, con los blasters pesados de sus antebrazos levantados y listos. Sus cabezas y armas barrieron la habitación en busca de peligro, y luego volvieron atrás para flanquear la puerta en posición de guardia.

A través de la abertura aparecieron un par de neimoidianos de vestimenta brillante. El que iba en cabeza vestía ropas azules y púrpuras y la mitra negra de un comandante de unidad, mientras que el otro llevaba una vestimenta más simple de color rojo y púrpura. El equipo de su cabeza era azul, con cuatro cuernos retorcidos en la parte superior. “Buen día, Lord Binalie” dijo el comandante con voz afectada. “¿No estaremos interrumpiendo algo?”

Torles miró a Binalie con una advertencia silenciosa, y simplemente recibió una mirada a cambio. Pero el otro levantó su mano -vacía- y la dejó caer sobre el escritorio. “Por supuesto que no,” gruñó él sarcásticamente. “N¡ que tuviera trabajo que hacer. ¿Qué es lo que quiere?”

“Permítame presentarme” dijo el portavoz, dirigiendo miradas primero a Torles y luego a Corf. “Soy Tok Ashel, Comandante del Ejército Expedicionario de Cartao” Hizo un gesto hacia su compañero. “Este es Dif Gehad, Maestro Creador de Nuevos Productos,

¿Y qué nuevos productos intenta construir en mi fábrica?” Preguntó Binalie.

Gehad empezó a hablar -”No tan rápido, Lord Binalie,” interrumpió Ashel. “Primero déjenos terminar con las presentaciones” Sus grandes ojos rojos miraron fijamente a Torles.

“Yo soy Corf Binalie,” dijo Corf antes de que cualquiera de los dos hombres pudiera responder, con la voz fuerte y desafiante. “Este es mi tutor privado, el Maestro Jafer. ¿Significa esto que hoy no hay escuela?”

Ashel hizo un sonido parecido al del papel arrugado. “Puede ser, joven,” dijo él, mirando a Torles. “¿Qué enseña usted, Maestro Jafer?”

“Un poco de todo,” le dijo Torles.”Ética, conocimiento, la vida.”

“Ah -un filósofo” dijo Ashel, moviendo la mano con desprecio y girándose hacia Binalie. “Ahora, a los negocios” Hizo un gesto a Gehad.

“Como ha adivinado, queremos usar Creaciones Spaarti para trabajar con nosotros,” dijo el Maestro Creador con voz clara y precisa. “Pero hasta ahora hemos sido incapaces de reestructurar las líneas de montaje. Ahora me dirá cómo hacerlo”

Binalie negó con la cabeza. “No puedo”

“No diga tonterías” le advirtió Gehad. “Usted es el director de estas instalaciones. Usted sabe todo lo que se necesita saber sobre ello. “

Tor supuesto que lo sé,” concedió Binalie. “Incluyendo lo que puede y lo que no puede hacerse. Únicamente los tejedores Cranscoc pueden manipular el sistema de herramientas fluidas” Levantó sus cejas hacia Gehad. “¿He de entender que no han querido hacerlo?”

“Irá por las ruinas de nuestros vehículos en la hierba del sur,” dijo Ashel. “Sabemos que es tabú y las hemos movido para corregirlo.”

“Pero no queremos ser retrasados de esa manera de nuevo.”añadió Gehad. “Así que se lo repito: me dirá como podemos cambiar las herramientas nosotros mismos:”

“Y yo le repito que no puedo,” dijo Binalie.

“Pero hay cosas que puedo hacer para ayudar. Me gustaría sugerir un trato que...”

“¡No nos bloqueará más!” Saltó moviendo sus dedos en As e, un extraño y posiblemente obsceno gesto. “Ni usted ni las fuerzas de la República escondidas en el túnel bajo la hierba del sur. Oh, sí, sabemos que están allí -hemos intentado desalojarlas dos veces y ahora les hemos sellado la salida de la planta. También sabemos que el otro extremo del túnel está en algún lugar de estos terrenos. ¡No lo niegue!”

“No puedo hacer nada respecto a las fuerzas de la República” dijo Binalie, empezando a sonar enfadado. “Lo que puedo hacer, sin embargo, es ayudarle-”

“Y nos dirá como reestructurar las máquinas.” insistió Ashel, de forma aún más estridente esta vez. “O lamentará las consecuencias:”

La piel de la cara de Binalie se tensó, e incluso con la influencia de dos mentes alienígenas cercanas, Torles pudo sentir que los sentimientos de Binalie también se tensaban. Ni siquiera la invasión de su hogar o la destrucción de la puerta de su oficina habían hecho desistir a Binalie de la idea de ofrecer un trato a los

neimoidianos para sacarlos de su plantó. Pero las amenazas eran algo totalmente diferente."¿Y que se supone que significa eso exactamente?"Preguntó él, con voz falsamente calmada.

"Significa esto." Antes de que Binalie pudiera hacer algo más que inhalar profundamente, Ashel rodeó el brazo de Corf con sus largos dedos y lo levantó de su silla. "El gusano vendrá con nosotros." continuó el neimoidiano, poniendo a Corf frente a él."Cuando decida cooperar, puede reunirse con nosotros en la planta."

"Déjelo ir," saltó Binalie. Estaba de pie, ignorando los blasters droides que de pronto le apuntaban.

"Ya le he dicho-"

"Y no lo considere durante demasiado tiempo:" le advirtió Ashel, volviéndose hacia la puerta arrastrando firmemente a Corf Torles vio como los ojos del chico estaban muy abiertos por el miedo. "Somos seres pacientes, pero no seremos pacientes eternamente."

Corf lanzó a Torles una mirada entre frenética y suplicante. Pero el Jedi ya había medido las distancias con sus ojos y, incluso con la ventaja de la sorpresa, sabía que no podría encargarse de los dos droides de combate antes de que alguno de los dos disparara al menos una vez. Y eso sin tener en cuenta qué otras fuerzas podrían haber dispuesto los neimoidianos en el exterior.

Lo que significaba que debería probar con otra cosa. "Un momento." dijo remilgadamente, poniéndose en pie. "El chico tiene que hacer dos exámenes hoy. No pienso permitir que mi horario sea interrumpido."

Los neimoidianos se detuvieron en la puerta, mirándole con sus inexpresivas caras alienígenas. Torles indagó en sus mentes, pensando en cómo de susceptible sería su especie a la sugestión Jedi. Él apenas había usado este truco, y nunca antes con un neimoidiano. Si no caían con su manipulación, quizás se tendría que enfrentar a esos droides de combate después de todo.

"El chico vendrá con nosotros:" declaró Ashel finalmente. "Si así lo desea, puede venir con él."

"Gracias," dijo Torles, haciendo una reverencia propia de un tutor. Lanzando una mirada de advertencia a Binalie, salió para reunirse con los neimoidianos.

"Pero traiga muchas lecciones," añadió Ashel mientras volvían al pasillo. Allí había, según vio Torles, dos grandes droides más esperándoles. Tanto mejor que no hubiera atacado. "Lord Binalie es muy obstinado, incluso para un humano. Quizás usted esté con nosotros durante algún tiempo"

"No se preocupe," dijo Torles, apretando el hombro de Corf para tranquilizarle. "Tengo todo lo que pueda necesitar"



Los dos neimoidianos y su escolta de droides de asalto estaban todavía en la mansión cuando Doriana llegó finalmente hasta Roshton. El comandante estaba agachado frente a un arbusto esculpido, con la cara cuidadosamente oculta del visitante, cortándolo con unas tijeras de podar. "¿Qué hace aquí?" Le susurró Doriana.

"Cuido las plantas, mi señor," dijo Roshton con voz vieja y temblorosa, cortando un par de hojas.

"Déjelo, Roshton," le dijo Doriana. "Soy yo"

Roshton giró un ojo con cautela. “Ah -Maestro Doriana,” dijo él, abandonando el acento y el falso trabajo de jardinería. “Llega justo a tiempo para el espectáculo”

“¿Qué espectáculo?” Preguntó Doriana. “¿Qué está haciendo?”

“Ya lo verá;” dijo Roshton, girando sus ojos hacia la mansión y el anillo de droides. “¿Alguna vez ha visto a un droideka rebotando?”

“Eh no”

“Entonces esto le va a gustar” Roshton apartó un poco la parte delantera de su túnica para revelar un comlink escondido bajo la solapa. “Número siete, espere... ahora”

Y desde la casa vino el tronar de una explosión. Doriana se giró justo a tiempo para ver a uno de los droidekas aún con forma de rueda volando sobre las cabezas de sus asombrados compañeros. Tras él, brotaba humo de un agujero ennegrecido en el suelo.

“Número diez: ahora,” dijo Roshton.

Hubo una segunda explosión, ésta a los pies de uno de los droides de asalto. La enorme máquina perdió el equilibrio y cayó de espaldas aterrizando con un golpe sordo. “¿Desde dónde están disparando?” Preguntó Doriana, mirando alrededor desconcertado. No había soldados clon a la vista y no había casi ningún lugar en los alrededores donde cubrirse. “¿Roshton?”

“Después;” dijo Roshton. “Cinco y ocho: vamos.”

Dos explosiones más rompieron la línea defensiva, cada una lanzando a un par de droides de batalla volando sobre el césped cortado. “Y aquí vienen los suaves;” añadió Roshton mientras los neimoidianos y sus coloridos trajes aparecían por la puerta. “Esto será divertido.”

“Deténgase;” dijo Doriana, escudriñando en la distancia. Casi oculto entre los pliegues del traje...

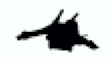
“Detenga el fuego, Roshton;” repitió con urgencia. “Tienen al hijo de Binalie con ellos”

Roshton murmuró algo. “Malditos cobardes,” dijo despectivamente. “No pueden-”

Se paró, con una pequeña sonrisa en los labios. “Bien, bien. Cobardes y estúpidos”

“¿Qué?” Preguntó Doriana con el ceño fruncido.

“De acuerdo, tienen a Corf Binalie,” gesticuló Roshton. “También tienen a Jafer Torles.” Levantó las cejas hacia Doriana. “Lo que yo decía. Esto será divertido”



Dos explosiones más, la tercera y la cuarta según las cuentas de Torles, hicieron temblar la casa mientras Ashel y Gehad se apresuraban por llegar hasta la puerta de la mansión. “No lo comprendo,” dijo nerviosamente Gehad mientras miraban hacia fuera. “¿Desde dónde están disparando?”

“¿Y qué importa?” Respondió Ashel gesticulando hacia los droides. “¡Droides! ¡Formad un cordón hasta el transporte!”

Obedientemente, los droides abandonaron sus posiciones, moviéndose según sus capacidades les permitían hacia el vehículo que estaba a una docena de metros. Estaban alineándose en dos filas, con las armas apuntando hacia fuera, cuando otra explosión alcanzó al vehículo en la parte derecha delantera, elevándolo un metro en el aire y dejando una parte de su blindaje negra y doblada. “¡Es imposible!” Gritó Gehad. “¿Cómo lo hacen?”

“¡Deja las preguntas para luego!” Gruñó Ashel, señalando la planta Spaarti. “¡Mira! Ahí está nuestro soporte aéreo”

Y era un soporte aéreo impresionante, Torles tenía que admitirlo. Un centenar de TAPUs aparecieron en el cielo, barriendo desde el este y el oeste al reunirse en la finca Binalie.

Pero las TAPUs aún estaban fuera de alcance, los droides del cordón tenían sus armas y sensores apuntando hacia fuera buscando a sus atacantes invisibles y los neimoidianos estaban demasiado preocupados por su propia seguridad como para vigilar a sus prisioneros.

Hora de ponerse a trabajar.

“Ahora,” dijo Ashel despegándose de la protección parcial de la puerta y corriendo entre las filas de droides hacia el transporte. Cogiendo a Corf del brazo, Gehad empezó a seguirle, arrastrando al chico tras él. No llegaron lejos. Adelantándose, Torles cogió el otro brazo del chico y plantó sus pies en el suelo justo fuera de la puerta de la mansión. Por un momento, Corf fue estirado entre ellos como una cuerda, y entonces Gehad se detuvo y se giró. “¿Qué estás-?” Gruñó él.

No llegó a acabar la pregunta. En ese mismo segundo, los dos droides de combate que habían ido marchando a un metro tras ellos, cogidos por sorpresa por la súbita parada de Torles, llegaron a la altura del Jedi.

Y con un único y suave movimiento, Torles buscó bajo su túnica, sacó su sable de luz y lo encendió.

Gehad soltó un gritito gutural, soltando el brazo de Corf como si se hubiera quemado y escabulléndose. Torles empujó al chico a través de la puerta mientras cortaba con el sable de luz el pecho del droide que había a su izquierda. La brillante hoja verde cortó a través de la armadura de acertron como si fuera simple plastoide, y el tercio superior del droide resbaló y cayó chocando contra el suelo. El resto de la máquina, en un asombroso equilibrio, permaneció en pie imperturbablemente firme como un cadáver decapitado esperando pacientemente nuevas órdenes.

Torles no esperó a ver si caía o no. El droide de asalto a su derecha ya estaba reaccionando a esta amenaza inesperada, girando sobre sus caderas para apuntar con sus blasters. Torles giró hacia su derecha para encontrarse con él, haciendo girar su sable de luz y bajándolo a través de los antebrazos levantados sobre los blasters y haciéndolos caer al suelo. Su segundo corte se llevó por delante las piernas del droide; incluso antes de que las piezas cayeran al suelo, saltó hacia atrás a través de la puerta de la mansión. “¡Vamos!” Ordenó a los neimoidianos, levantando su sable de luz hasta una posición de defensa. Para enfatizarlo, otra explosión cercana levantó nubes de polvo.

Los dos alienígenas no necesitaron más motivos. Dieron la vuelta y corrieron junto a la línea de droides hasta entrar en el transporte. Los droides supervivientes les siguieron, cerrando el cordón tras ellos. Un minuto más tarde el transporte, junto a otros tres vehículos, se dirigía al este a gran velocidad.

“Vaya,” dijo Corf.

Torles se giró y vio al chico observándole, con una expresión de asombro en su cara. “¿Estás bien?”

Corf asintió mecánicamente. “Nunca había visto nada parecido,” dijo él.

“Sólo he hecho aquello para lo que fui entrenado,” dijo Torles. Con una última mirada al exterior, apagó su sable de luz. “Vamos a decirle a tu padre que estás bien;” dijo él. “Y después” añadió severamente, “quizás queráis ir a vuestra sala de seguridad. Esto podría ponerse feo.”



“Ahí van,” comentó Roshton mientras los últimos droides se apilaban en los transportes. El primer vehículo, el que llevaba a los neimoidianos a bordo, ya había despegado y se alejaba, con una escolta de TAPUs a su alrededor. “No volverán a intentarlo en un tiempo:”

“Probablemente no,” coincidió Doriana, con sus ojos en los restos de los D-60 que Torles había destruido en medio segundo. Él había estado con Jedis durante su vida, pero nunca había visto a uno en modo de combate.

Y por primera vez empezó a ver por qué Sidious los quería eliminar.

“Unidades de la finca, aseguren.” estaba diciendo Roshton a su comlink. “Unidades de ciudad y bosque: permanezcan atentas.”

Con esfuerzo, Doriana devolvió su atención a la situación militar. “¿Qué quiere decir con que permanezcan atentas?” Preguntó él. “¿Y cómo ha realizado esos disparos?”

“No sea inocente” le regañó Roshton. “Eso no era más que un grupo estratégicamente colocado de minas con control remoto. No debe de haberse dado cuenta del trabajo hecho en los terrenos los últimos dos días.”

“Tenía otras cosas en la cabeza,” dijo Doriana agriamente, viendo despegar los transportes. En lugar de tomar la ruta más rápida de vuelta a Creaciones Spaarti, se dirigían hacia el este. ¿Qué demo-?

Y entonces lo comprendió. “Están evitando la hierba del sur,” dijo él. “No quiere arriesgarse a que algo caiga allí e irrite a los Cranscoc”

“Justo lo que creía que harían,” dijo Roshton dijo con severa satisfacción. “Unidad del bosque: aseguren. Unidad de ciudad: fuego a discreción.”

De forma abrupta, una docena de disparos de blaster chisporrotearon desde el borde norte de Ciudad Foulahn, destruyendo Tupas y arrancando trozos de blindaje de los transportes. “¿Qué está haciendo?” Preguntó Doriana. “Ya los ha cazado. ¿No es suficiente?”

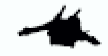
“No,” dijo Roshton. “Unidad de ciudad: encárguense de ellos”

Los TAPUs estaban devolviendo el fuego y esa parte del cielo parecía estar cubierta del fuego multicolor de los blasters. Doriana se encontró a sí mismo aguantando la respiración mientras veía a los transportes esquivar y balancearse, intentando desesperadamente llegar a la seguridad de la planta. Si el entusiasmo de Roshton hacía que mataran a los neimoidianos -o peor, si el pánico les obligara a sacar a los droides de la fábrica para contraatacar.

Y entonces, algo en el cielo le llamó la atención. Un simple par de manchas, pero mientras miraba iban creciendo visiblemente. “¡Roshton!” Gritó él, sacando unos electrobinoculares y encendiéndolos.

“Tenemos compañía”

“Déjeme ver,” ordenó Roshton, alargando la mano hacia el instrumento. Doriana se contrajo, apretando sus ojos contra las lentes. Un simple vistazo bastó. “Son un par de naves de aterrizaje C-9979,” le dijo a Roshton mientras le entregaba los electrobinoculares. “Parece que todo lo que ha conseguido su pequeño espectáculo ha sido convencer a los Separatistas para enviar refuerzos”



La mala elección de un lugar de aterrizaje por parte del comandante neimoidiano dos días atrás había permitido que los soldados clon de Roshton ralentizaran el despliegue de sus tropas lo suficiente como para que las

fuerzas de la República evacuaran el complejo de Creaciones Spaarti. Con esta segunda oleada, los Separatistas no cometieron ese error. Las naves de aterrizaje descendieron al oeste y al nordeste de la ciudad, en terreno abierto donde ningún ataque cercano fuera posible, y empezaron de inmediato con el despliegue de sus tropas y vehículos.

Roshton apenas había tenido tiempo de ordenar la retirada de sus hombres antes de que los transportes MTT y los tanques de batalla AAT se abrieran paso de forma ordenada por las calles de Ciudad Foulahn, por las vías de servicio de espaciopuerto Triv e incluso hasta las casi inhabitadas colinas boscosas del oeste y el norte del complejo Spaarti. Los AAT tomaron posiciones en los edificios oficiales y las intersecciones estratégicas, mientras que los MTT encontraron rápidamente lugares donde vaciar su mortal carga de droides de batalla, súper droides de batalla, droides de asalto y droidekas. Al final de la tarde, cada metro cuadrado en quince kilómetros alrededor de Creaciones Spaarti estaba en manos de los Separatistas.

Con una pequeña excepción.

"Uno de los C-9979 está aquí" dijo Roshton, señalando un punto en el holomapa al este de Ciudad Foulahn. "Sus droides y AAT están ocupando el oeste de Foulahn, además de todo el territorio oeste y norte del complejo Spaarti. El otro está aquí-", Indicó un punto cerca del río Quatreen dónde pasaba entre la ciudad y el noreste del espaciopuerto Triv "-donde pueden cubrir el este de la ciudad y el espaciopuerto. He escuchado que algunas unidades han ido Quatreen arriba hasta Ciudad Navroc, pero no tengo confirmación al respecto."

Torles miró a Binalie. Su cara parecía pálida, pero podría ser sólo por la iluminación. Con unas reservas energéticas limitadas en las profundidades de la sala de seguridad de la familia Binalie -y sin deseos de atraer la atención de los droides que ocupaban la casa sobre ellos- Binalie había decidido apagarlo todo excepto las luces de emergencia. "¿Dónde nos deja eso?" Preguntó Torles.

"Básicamente, atrapados aquí," dijo Roshton pesadamente. "Mis tropas hacen lo que pueden para atosigar a los droides, pero no tenemos el poder suficiente para devolverlos a las naves de aterrizaje. El Maestro Doriana me dice que el Canciller Supremo Palpatine ha prometido ayuda, pero podrían faltar días para que llegara"

"Y mientras, sus clones y los droides destruyen Ciudad Foulahn," gruñó Binalie.

"Estamos manteniendo la guerra lejos de su planta, ¿no es así?" Replicó Roshton. "¿No era lo qué quería?"

"Lo que quería era sacar la maldita guerra de mi mundo," contraatacó Binalie.

"Me temo que no siempre podemos elegir," dijo Doriana calmadamente. "Ciertamente no fue la idea del Comandante Roshton traer la guerra aquí"

"¿Así que no sentamos aquí y dejamos que destruyan nuestra ciudad?"

"Si fuera usted, me centraría en el asunto central," dijo Roshton agriamente. "Es decir, cuando el sol se ponga, serán capaces de hacer que los Cranscoc modifiquen la planta. Una vez ocurra eso, puede despedirse de cualquier esperanza para su ciudad o su mundo."

"¿Qué quiere decir?" Preguntó Corf, acercándose un poco más a su padre.

"Los Separatistas están a punto de lanzar una nueva línea de droides de asalto," le dijo Roshton. "Una vez lo pongan en marcha, cada hora que pasen aquí significa un ejército droide más fuerte en Cartao. Si no los detenemos, tarde o temprano tendrán tropas suficientes para derrotar a cualquier cosa que la República pueda lanzar contra ellos."

Volvió a mirar a Binalie. "Y en ese punto, la única manera de detenerlos-"

"No,"dijo Binalie llanamente. "Ni lo piense."

"¿Cree ,que quiero destruir Spaarti?" Preguntó Roshton con voz helada y calmada. "Esos nuevos tanques de clonación que estábamos construyendo podrían darle la vuelta a la guerra en cuestión de meses, y éste es el único lugar donde podemos mejorar la producción suficientemente rápido como

para conseguir el diseño lo más eficiente posible. Pero al mismo tiempo, no podemos dejar que empiece la producción del nuevo droide de asalto D-90. Lo siento, pero nos estamos quedando sin opciones."

"Un momento," dijo Doriana, sacando un holoproyector de una bolsa del cinturón. "Quizás tengamos noticias."

Lo encendió y la imagen de la cabeza de un ikotchi apareció sobre la plataforma de proyección, con sus característicos cuernos curvados hacia sus hombros. Las palabras eran demasiado débiles para que Torles las escuchara, pero Doriana sonrió de pronto. "Gracias, General," dijo él, levantándose y caminando hacia Roshton.

"Comandante, el General Fyefee Tüs del Crucero Ligero Sierra de la República querría hablar con usted."

Cogió la silla junto a Roshton, aguantando el holoproyector de manera que ambos pudieran ver y escuchar. Sin esperar a que lo invitaran, Torles se colocó en el asiento al otro lado de Roshton. Doriana le echó una mirada, pero no dijo nada.

"-con diez cañoneras LAAT/i cargadas a su disposición," estaba diciendo el General Tüs cuando Torles se sentó.

"Eso son solo cuatrocientos soldados," señaló Roshton dubitativo. "No van a hacer demasiado contra tres C-9979 cargados de droides y AAT a menos que pueda deshacerse de su nave de control."

"Gracias por la sugerencia," dijo Tüs secamente.

"Teníamos en mente hacer exactamente eso. Las cañoneras serán lanzadas en cinco minutos; llegada y a su posición en treinta. Empezaremos nuestro ataque a la nave de control en quince."

La imagen se desvaneció. "¿Cómo encajará con el horario Cranscoc?" Preguntó Doriana.

Binalie se encogió de hombros mientras consultaba su cronometro. "La puesta de sol será en unos diez minutos. Para cuando lleguen las cañoneras será casi oscuro."

"Así que tenemos la oportunidad de sacar a los Separatistas antes de que puedan reconfigurar," concluyó Doriana. "Excelente. ¿Cuál es el plan desde aquí, Comandante?"

"Básicamente, enfrentarse al enemigo," dijo Roshton sacando su comlink. "Entre las cañoneras que llegan y mis soldados clon, deberíamos ser capaces de causar una gran cantidad de caos ahí fuera. Con suerte, eso distraerá a los neimoidianos el tiempo suficiente para que podamos llegar al túnel y retomar la planta."

"No puede hacer eso,"objetó Binalie.

"Seremos tan cuidadosos como podamos," dijo Roshton.

"No quería decir eso," dijo Binalie. "Ese comandante neimoidiano -Ashel- dijo que habían sellado su lado del túnel."

"¿Sellado de forma que un Jedi con un sable de luz no pueda entrar?" Roshton negó con la cabeza. "Lo dudo mucho."

"Aún así, se estará arriesgando a dañar Spaarti," señaló Doriana. "¿Por qué no esperar hasta que la nave de control haya sido destruida? Los neimoidianos no plantarán cara una vez su ejército esté fuera de combate."

"Dos motivos," dijo Roshton. "Uno, porque eso no evitaría que los Separatistas empezaran a destrozar cosas una vez supieran que han perdido. Y Dos-" sonrió. "Debería estar ahí fuera con mis hombres y no escondido aquí abajo. Cuanto antes entre en acción, mejor."

"Esos son motivos bastante pobres para una decisión táctica," avisó Doriana. "Y Lord Binalie tiene razón: no queremos ninguna lucha dentro de la planta."

“Dígaselo a los neimoidianos,” dijo Roshton. “Dentro de quince minutos será su decisión, no la mía.”

“Un segundo,” dijo Torles lentamente mientras Roshton levantaba su comlink, con piezas de una idea dando vueltas en su cabeza. Una extraña y peligrosa idea, pero que podría funcionar. “¿Y si pudiéramos sacar a todos los droides para que lucharan en el exterior?”

“¿Y cómo persuadirles para que lo hagan?” Gruñó Binalie. “Los neimoidianos son cobardes -no enviarían a sus guardias lejos

Especialmente si hay un posible ataque desde el túnel del que resguardarse”

“A menos que pensaran que el túnel es seguro,” señaló Torles. “Y creyeran que el perímetro de la fábrica no lo es.”

Binalie parpadeó. “Me he perdido”

“Por supuesto,” dijo Roshton, sentándose más derecho. “Como he dicho, saben que un Jedi podría atravesar el túnel. También saben, por experiencia propia, lo que es enfrentarse a uno en batalla”

“¿Así qué es lo que sugiere?” Preguntó Doriana con el ceño fruncido. “¿Qué pongamos al Maestro Torles en el exterior con sus soldados clon?”

“Exacto” dijo Roshton. “Liderando una carga hacia, digamos, la puerta este de la planta. No tendrían más elección que lanzarnos todo lo que tuvieran”

Doriana soltó un bufido. “Suena suicida.”

“No para un Jedi,” dijo Binalie, con la voz y los sentimientos tensos por una cauta esperanza al ver la oportunidad de tener su fábrica de vuelta intacta. “Usted podría hacerlo, Maestro Torles. Sé que podría”

“Por favor,” añadió Corf, mirando suplicante a Torles.

“Un momento” cortó Doriana. %o estoy seguro de poder autorizar una acción como esta. Un ataque de cualquier tipo podría poner la planta en serio peligro.”

“Es eso o la planta se queda en manos Separatistas, señaló Roshton. “De todos modos ¿de qué lado está usted?”

“No me insulte,” dijo Doriana fríamente. “Si usted quiere mantener al enemigo ocupado mientras el Sierra intenta deshacerse de la nave de control, adelante. Pero manténgase alejado de Spaarti.”

“Confíe en nosotros, Maestro Doriana” dijo Roshton. “O mejor, confíe en el Jedi. Doriana hizo una mueca. “Bueno, si lo pone de esa manera... de acuerdo” Roshton miró a Torles. “¿Maestro Torles?”

“Veamos si puedo pasar a través de los droides de arriba,” dijo Torles poniéndose en pie.

“Veamos si podemos pasar a través de ellos” le corrigió Roshton, poniéndose en pie para ir con él. “Cómo he dicho, necesito estar con mis hombres”

“Están locos,” declaró Doriana. “Pero si todo el mundo va, quizás vaya yo también”

Roshton negó con la cabeza. “Lo siento. No quiero ofenderle, pero no quiero que ningún burócrata se ponga en medio.”

“No me ofende,” le aseguró Doriana. “Pero como representante del Canciller Supremo, no sólo tengo el derecho de ir con ustedes, sino que es algo necesario”

Roshton hizo una mueca. “Bien -será a su manera. Si está listo..” Corf fue a decir algo -”No” dijo Torles firmemente antes de que el chico pudiera hablar. “Tú y tu padre os quedaréis aquí.” “Pero-”

“Corf,” le advirtió Binalie.



El chico se rindió. “De acuerdo” dijo Roshton, apretando su comlink. “Pongámonos en marcha.”



Doriana nunca supo cuantos droides habían dejado los neimoidianos en la mansión Binalie. Todo lo que sabía era que había ocho de ellos entre los tres humanos y la puerta exterior. Torles se encargó de todos ellos rápida, eficiente y silenciosamente.

Había algunos otros patrullando en el exterior, de pie junto al polvo levantado como si fueran los amos del lugar. El Jedi también se encargó de ellos.

Había unos cinco kilómetros hasta la zona de estacionamiento que Roshton y su teniente habían fijado durante su breve comunicación por comlink. Afortunadamente, dos de los soldados clon habían conseguido pasar un pequeño speeder a través de las patrullas droide y les estaban esperando en el borde este de la finca Binalie. Un pequeño paseo, con frecuentes zigzags y pausas ocasionales para cubrirse, y allí estaban.

El soldado clon teniente estaba esperando cuando el speeder llegó, silenciosamente de pie bajo la protección de un grupo de árboles a un kilómetro de las paredes desnudas de la planta Spaarti. “Bienvenido, Comandante,” saludó a Roshton mientras los recién-llegados se acercaban. “Me alegro de que lo haya conseguido”

“Yo también,” dijo Roshton. “¿Situación?”

“He reunido a doscientos soldados,” dijo el teniente, gesticulando a su alrededor. Doriana miró a su alrededor, pero fuera donde fuera que estuvieran escondidos, lo estaban haciendo muy bien. “El resto está aún en la ciudad, esquivando la búsqueda casa por casa de los droides” continuó el teniente. “En el último informe, las cañoneras aún estaban aproximándose desde el sur; deberían estar a rango de misil en unos cinco minutos, y en rango de cañón láser dos minutos después. La primera salva será la señal de ataque para nuestras tropas”

“¿Qué hay de la nave de control?” Preguntó Roshton.

El teniente señaló hacia arriba con la cabeza. “El ataque parece haber empezado ya”

Doriana miró hacia arriba. Era difícil de ver a través de las nubes que surcaban el cielo, pero le pareció ver los pálidos destellos del fuego láser. “¿Alguna idea de cómo va?” Preguntó.

“El General Tus no ha dedicado tiempo a informarnos” dijo el teniente, un poco seco.

“Está bien,” dijo Roshton. “Será fácil saber si la destruye y cuando lo hace. ¿Cuál es el estado del enemigo local?”

“El C-9979 Número Dos está aproximadamente a tres kilómetros al sur de aquí” dijo el teniente. “La mayoría de sus soldados han sido desplegados en el espaciopuerto y al este de Ciudad Foulahn, pero hay al menos tres AAT y probablemente doscientos droides de batalla haciendo guardia”

“Tres kilómetros” dijo Doriana, mirando en esa dirección hacia las engañosas y alegres luces de la ciudad en la distancia. “¿No es demasiado cerca?”

“Es extremadamente cerca,” reconoció Roshton. “Y lo es deliberadamente. Si alguna vez ha luchado contra los neimoidianos, sabrá que adoran las probabilidades abrumadoras. Apuesto a que la posibilidad de coger a nuestro grupo en un fuego cruzado será demasiado tentadora para ellos como para dejarla pasar.”

Se giró hacia Torles. “¿Alguna cosa que añadir o sugerir, Maestro Torles?”



Por un momento, Torles miró hacia el muro de la planta, que era poco más que una vaga forma contra el cielo oscuro. Doriana miraba el perfil de Torles, observando el centelleo de su cabello blanco bajo la pálida luz, pensando en qué clase de pensamientos habría en una mente Jedi entrenada.

Cómo pensaban los Jedi, pensó de pronto. Él sabía algo sobre como actuaban y reaccionaban, y como el hombre que a menudo entregaba los mensajes de Palpatine al Consejo Jedi, había aprendido cómo usar sus preocupaciones y prioridades para persuadirles de hacer lo que él quería.

¿Pero cómo pensaban exactamente? ¿Era básicamente igual que la gente normal? ¿O había algo en su entrenamiento que los convertía en más alienígenas que cualquiera de las especies que formaban la República?

Al sur, en la distancia, se escuchó el débil sonido de múltiples explosiones. Como si se contagiara del temblor del fuego de los blasters, Torles pareció erguirse completamente. “No se me ocurre nada, Comandante,” dijo él, sacando su sable de luz de su túnica. “Hagámoslo”

Salió hacia Creaciones Spaarti, andando con paso rápido y firme. Dio tres pasos y encendió el sable de luz, con la hoja verde refulgiendo como un faro mientras caminaba hacia la oscuridad.

“Bueno, no se quede ahí, teniente,” dijo Roshton.

“Sí, señor,” dijo el otro, sonando un poco asombrado por el valiente movimiento del Jedi. “Todos los soldados: avancen”

Doriana sintió que le faltaba el aire. De pronto, el área que le rodeaba estaba repleta de soldados clon, que surgían de las sombras o de pilas de hojas o de sus camuflajes.

Salieron tras Torles, formando en fila mientras marchaban. Roshton estaba diciendo algo. “¿Perdón?” Dijo Doriana, apartando los ojos de los silenciosos soldados.

“He preguntado si el representante del Canciller Supremo querría unirse a nosotros;” repitió el comandante mientras se colocaba unos auriculares de soldado clon.

“Gracias, pero creo que me quedaré aquí,” dijo Doriana, devolviendo su mente al trabajo. “Ya he visto a sus hombres en acción, pero no he tenido la ocasión de ver a las tropas del General Tiis.” No podía ver la expresión de Roshton en la oscuridad, pero no cabía duda del tono irónico en su voz. “Por supuesto;” dijo el comandante. “¿Le dejo un guardia?”

“No será necesario,” dijo Doriana. “Pero me gustaría tomar prestado su otro comlink, si pudiera ser, y así estaría al tanto de lo que sucede” “Claro;” gruñó Roshton, tirando del comlink de su cinturón. “Ese árbol grueso es un buen sitio desde el que observar.”

Doriana sonrió para sí mismo. Le asombraba lo fácilmente que la gente pensaba que podía ofenderlo. “Gracias, Comandante,” dijo él con calma. “Espero un informe completo a su regreso.”

Habían hecho la mitad del camino hasta, Creaciones Spaarti cuando llegó la primera respuesta desde la línea que rodeaba la planta. Los disparos de blaster empezaron a silbar en la distancia cuando los droides abrieron fuego, pasando sin peligro entre los soldados o rebotando sin causar daños en su armadura. Torles miró hacia la oscuridad que tenía delante mientras su sable de luz rechazaba los disparos que venían en su dirección, usando la luz del fuego enemigo para saber como configuraban su línea de batalla. Los droides que estaban directamente entre ellos y la puerta este de la planta aguantaban bien, mientras que más droides se acercaban rápidamente desde el norte y el sur de esa posición para unirse a ellos.

“Parece que esta sección entera de la línea defensiva se va a enfrentar con nosotros;” murmuró Roshton tras él.

“Sí;” dijo Torles, mirando hacia atrás por encima del hombro. Todo lo que podía ver eran las luces de la ciudad y el espaciopuerto. “¿Alguna señal de fuego cruzado?”

“Dos AAT y unos cincuenta droides acaban de dirigirse hacia el nordeste;” dijo Roshton. “Los deberíamos ver pronto. Ah.”

Torles se giró. La puerta este de la planta se había abierto, mostrando un nuevo grupo de droides apresurándose para unirse ala línea defensiva. “Aquí llegan los refuerzos,” dijo Roshton. “Creo pronto veremos a esos AATs”

Y Torles sabía que eso quería decir que era el momento de irse. “¿Cuánto tiempo podrá aguantar contra ellos?” Le preguntó, desviando un último disparo y apagando su sable de luz.

Roshton le echó una mirada de reojo, envolviendo con la mano el micrófono de sus auriculares. “¿Qué tiene en mente?”

“Estamos asumiendo que han vaciado la planta de droides de combate;” le dijo Torles. “Si puedo entrar, debería poder llegar hasta los neimoidianos. Si son tan cobardes como dice, quizás pueda convencerles para que se rindan aunque Tus no sea capaz de destruir la nave de control”

“¿Cómo espera entrar?” Preguntó Roshton. “Tendrán líneas de defensa en todas las puertas”

“Déjeme eso a mí,” dijo Torles, señalando con la cabeza hacia la izquierda. “Pero tengo que irme antes de que cierren esa brecha. Así que: ¿cuánto tiempo puede aguantar?”

“Lo que sea necesario;” dijo Roshton, mirando alrededor mientras soltaba el micrófono. “Teniente: parece que hay un pequeño hueco delante, a la derecha. Desplegaremos una formación defensiva allí”

Miró de nuevo a Torles. “Buena suerte.”

Torles asintió y se giró hacia la izquierda, tomándose un momento para prepararse. Entonces, recurriendo a la Fuerza, se agachó y corrió.

Los Jedi eran capaces de alcanzar grandes velocidades cuando era necesario, al menos en distancias cortas. Torles usó cada ápice de su capacidad, con sus piernas difuminadas contra el suelo mientras pasaba alrededor de la línea defensiva y se acercaba en un semicírculo a los soldados clon rodeados. Un par de droides aparecieron frente a él en la oscuridad y cayeron en pedazos cuando usó la Fuerza para empujarlos hacia atrás. Cuando la explosión de energía se disipó y trotó hasta pararse, estaba de pie en la esquina sureste de la planta, pasada la prohibida hierba del sur y frente a un muro escarpado de tres pisos de altura.

Miró hacia arriba a la losa oscura que se elevaba sobre él. Tres pisos eran un salto imposible, al menos para él. Pero a mitad del muro, a una distancia que podía alcanzar, había una hilera de salidas de aire iluminadas, de unos diez centímetros de ancho.

Tan solo podía esperar que el padre de Lord Binalie hubiera construido las salidas con la misma robustez que el resto de Creaciones Spaarti. Agarró bien su sable de luz, asegurándose de que su mano estaba alejada del botón de activación, dobló las rodillas, usó la Fuerza y saltó.

Estaba casi en el punto más álgido de su trayectoria cuando divisó la salida más cercana, pálidamente iluminada por los destellos del fuego láser que provenía de la posición de Roshton. Con un simple pensamiento, cogió las rejillas y las puso en posición horizontal.

Cuando su impulso vertical cesó, colocó la empuñadura de su sable entre dos rejillas.

El metal crujió en protesta cuando colocó todo su peso en la empuñadura, pero para su tranquilidad, las rejillas aguantaron.

Usando la Fuerza, tiró hacia abajo del sable de luz encajado, lanzándose hacia arriba de nuevo.

Lo logró por tres centímetros, agarrándose al borde del tejado con la punta de sus dedos y elevándose hasta colocar el ombligo sobre el frío permacemento.

Girando sobre sí mismo, se inclinó sobre el borde, desencajando su sable de luz de las rejillas y llamándolo de vuelta a su mano.

El fuego de blasters en el este pareció intensificarse mientras se deslizaba silenciosamente por el tejado hasta la claraboya más cercana. Llegó hasta ella, frotó la arena acumulada con su manga y miró hacia el interior.

El suelo de la fábrica estaba desierto. Usó la Fuerza, intentando localizar las mentes alienígenas agitadas que pudiera sentir bajo él, ¿Más al oeste quizás? Decidió que sí: un poco al oeste de su posición. Frunció el ceño, tratando de visualizar el esquema de la planta...

Por supuesto. Ya fuera por cobardía o por simple precaución, los neimoidianos se habrían establecido en el Área de Producción Cuatro, donde podrían vigilar el túnel que llevaba a la finca Binalie.

Partió en esa dirección, vigilando que no hubiera patrullas de TAPUs. Pero las únicas que pudo ver estaban a mucha distancia, ya fuera rodeando la posición de Roshton al este o trazando pequeños círculos alrededor de la nave de aterrizaje C-9979 cercana a la puerta oeste de la planta. La cacofonía procedente de esa posición estaba aumentando de volumen, posiblemente porque los droides de la nave de aterrizaje estaban lo suficientemente cerca para añadir su fuerza al ataque. Un nuevo sonido atravesó el cielo y se giró a tiempo para ver a una cañonera de la República descendiendo hacia el suelo barriendo las posiciones droide con fuego láser rápido. Volvió a subir y estaba a punto de hacer otra pasada cuando explotó en una brillante bola de fuego roja y amarilla.

Y entonces ya estaba en la claraboya sobre la estación de control del Área Cuatro. Tras limpiar de nuevo una sección de transpariacero miró hacia abajo.

Allí estaban, justo bajo él, en la plataforma de control: los dos neimoidianos que habían invadido la oficina de Lord Binalie, además de unos cuantos más con ropas más simples, reunidos junto a una pantalla que había sido colocada frente a los tejedores Cranscoc El Maestro Creador, Gehad, estaba golpeando algo en la pantalla aparentemente discutiendo sobre ello con el Comandante Ashel.

Rondando en alerta alrededor de la plataforma de control había media docena de droides de batalla, con su atención y sus blasters dirigidos al exterior.

El cierre de la claraboya estaba en la base interior frente a Torles. Usando la Fuerza, la desbloqueó e hizo girar la claraboya sobre sus bisagras. Respirando hondo, se dejó caer por la apertura.

Aterrizó en la plataforma justo detrás del Comandante Ashel, con las rodillas dobladas para absorber el impacto. Ashel tuvo tiempo de encogerse y alguien más tuvo tiempo de soltar un grito de sorpresa antes de que Torles estuviera de nuevo en pie con su brazo rodeando firmemente el pecho de Ashel y el extremo de su sable de luz apretado igual de firme contra la sien del neimoidiano. “Todo el mundo quieto,” advirtió él.

Pero los reflejos de los droides parecían estar configurados para reaccionar a la mínima señal. Antes de que Torles pudiera decir algo más o de que Ashel pudiera decir nada más, se giraron hacia la plataforma con sus blasters escupiendo fuego hacia él.

Torles dio un paso largo alejándose de Ashel y los demás, encendiendo su sable y moviéndolo hacia los disparos de blaster dirigidos hacia él. Dos segundos más tarde, los seis droides estaban en el suelo despedazados y humeantes, destruidos por su propio fuego devuelto. Antes de que los asombrados neimoidianos pudieran reaccionar, Torles dio otro paso largo hacia atrás y retomó su presa sobre el



traje de Ashel. “Volvamos a intentarlo” dijo suavemente. “Todo el mundo quieto.”

“¿Qué quiere?” Preguntó Ashel con voz temblorosa.

“Quiero que esto termine,” le dijo Torles. Miró a los tejedores Cranscoc agachados frente al sistema de control de lodo, pensando cómo debían estar tomándose todo esto. Pero si estaban preocupados, sorprendidos o simplemente si entendían lo que sucedía, él no podía verlo. “Contacte con la nave de mando y ordénele que se rinda* “

Imposible” Ashel hizo un gesto cuidadoso hacia los droides destruidos. “No nos podemos comunicar sin los droides y usted los ha destruido todos.”

“¿De verdad?” Dijo Torles. Ciertamente era una mentira, pero había una manera de descubrir su farol. “Bien. Vamos.”

“¿Dónde vamos?” Preguntó Gehad con temor.

“Sé donde hay otros droides que pueden usar” le dijo Torles. “Y vigilen. Dudo que quieran la clase de problemas que les puedo dar.”

Agarrando a Ashel por el traje, empezó a bajar los escalones de la plataforma. El sellado neimoidiano de la salida del túnel se había hecho por el simple procedimiento de soldar el extremo de la rampa al suelo, y le costó tan sólo un par de segundos cortar la soldadura con su sable de luz. Ashel tembló mientras lo hacía, pero no dijo nada.

Sus pasos resonaron misteriosamente mientras se dirigían al este a través de la planta vacía. Torles se mantuvo alerta por un posible ataque sorpresa, pero aparentemente los neimoidianos habían enviado realmente al resto de droides al exterior.

La batalla continuaba cuando llegaron a la puerta este y salieron al aire nocturno. “Ahí están sus droides” dijo Torles, dándole a Ashel un empujón hacia la luz y el ruido. “Vaya a hablar con ellos.”

“No puede hablaren serio,” protestó el neimoidiano, encogiéndose contra Torles. “No estamos equipados para la batalla”

“Muy mal” dijo Torles. “Pero si esa es la única manera de detenerlos”

Se detuvo, abruptamente, cuando el círculo de blasters alrededor de la posición de Roshton se quedó en silencio. Levantó su cabeza para mirar hacia el cielo nocturno.

Allí, casi sobre él, estaba la luz de una nube de gas en expansión. El General Tiis y el Sierra habían conseguido pasar.

“Creo que no necesitaremos hablar de los droides después de todo,” comentó él. Pudo ver movimiento desde la posición de Roshton ahora que los soldados clon habían abandonado sus posiciones, corriendo hacia él y la planta tras él. “Vamos” añadió él, devolviendo su sable de luz al cinturón y empujando a los neimoidianos hacia los soldados que se aproximaban.

Los dos grupos se encontraron a medio camino. “Veo que ha estado ocupado,” dijo Roshton saludando a Torles mientras paraba, haciendo gestos a sus tropas para que continuaran hacia la planta. “¿Cómo está el interior?”

“Vacío, por lo que he podido ver,” le dijo Torles. “El túnel ha sido desbloqueado, por si quiere devolver a los técnicos al interior.”

“Excelente;” dijo Roshton con severa satisfacción. “Haremos que los Cranscoc deshagan cualquier cambio y volveremos al trabajo.”

“Dudo que los neimoidianos avanzaran demasiado en la reconfiguración,” dijo Torles. “Lo cual me recuerda, ¿qué debería hacer con ellos?”

Roshton miró hacia la planta. “Le importaría llevarlos hasta el Comandante Bratt? Está en una de las cañoneras que se dirigen a eliminar el C-9979 Número Dos”

“No hay problema,” dijo Torles. “Le veré más tarde”

Roshton asintió y corrió tras sus hombres. Torles se dirigió en la dirección opuesta. “Esto no ha terminado,” advirtió Ashel mientras caminaban. “No hemos sido derrotados todavía f

“Siga pensando eso;” dijo Torles. Habían llegado al lugar del campamento de Roshton, y se detuvo un momento, observando el campo de batalla. El suelo estaba literalmente cubierto con los restos de droides, con los cuerpos de una docena de soldados clon tirados sobre las ruinas, con las armaduras lejos de su blancura original. Los fuegos aún ardían entre los restos de un par de vehículos, uno de ellos la cañonera que Torles había visto destruir. Y en medio de la carnicería había probablemente unos cien droides más, todavía en pie con un aspecto extraño, donde la pérdida de su nave de control los había dejado.

Aún los estaba mirando cuando, con una especie de espasmo colectivo, volvieron a la vida. Durante aproximadamente medio segundo, la gran sorpresa lo dejó congelado en el sitio. Pero para los neimoidianos, ese medio segundo era todo lo que necesitaban. 1 A un grito de Ashel, los neimoidianos se echaron al suelo.

Y Torles se encontró solo frente a un anillo de blasters.

No había tiempo para nada imaginativo y, literalmente, ningún sitio a donde ir menos arriba. Saltó hacia arriba y hacia el lado, encendiendo su sable de luz y cortando tras él mientras saltaba sobre el revivido ejército droide, confiando en la Fuerza para guiar su, mano y desviar los disparos. Tocó el suelo corriendo y esquivando, alejándose de la planta y dirigiéndose a la ciudad, con una salva de disparos de blaster pellizcándole la ropa. “Sí, corre, Jedi,” dijo tras él la voz llena de mofa de Ashel, más dolorosa que los disparos de blaster. “Dinos otra vez los problemas que puedes causarnos.”

Torles no contestó. Delante de él podía escuchar los sonidos del renovado fuego de blaster proveniente de Ciudad Foulahn, y por la sensación de angustia y sorpresa que corría por su mente estaba claro que el resto de las fuerzas de la República habían sido tan sorprendidas como él. A menos que pudiera llegar a tiempo hasta ellas, para aportar su fuerza, la batalla estaría perdida.

No pudo.

Y lo estuvo.



“Creo que los Separatistas han aprendido finalmente de sus errores pasados,” comentó Doriana mientras él, Torles y Binalie estaban en uno de los balcones de la mansión orientados al norte. “Habrán encontrado una manera de hacer una matriz de control lo suficientemente compacta como para bajar una de reserva a la superficie del planeta. Creo que debe estar, probablemente, en una de las naves de aterrizaje. No es que sea realmente importante.”

“Y no es que lo podamos saber con seguridad,” dijo Binalie amargamente, temblando con el aire frío de la noche.

“¿Entonces están todos muertos?”

“Muertos o dispersados;” dijo Torles en voz baja, y Doriana pudo escuchar el dolor y el auto-reproche en la voz del Jedi. “Excepto los que Roshton se llevó a Spaarti.”

Binalie suspiró. “Entonces es como si estuvieran muertos, ¿verdad?”

“No puedo verlo de otra manera,” concedió Doriana, mirando hacia Creaciones Spaarti. Sobre la planta, unas cien TAPUs trazaban círculos en el cielo como carroñeros, brillando con la luz de una docena de fuegos distantes. En los terrenos alrededor de la planta, invisibles desde donde se encontraban los

tres hombres, un millar de droides de combate y una docena de tanques de batalla permanecían en una guardia silenciosa.

Y entre la mansión Binalie y la planta, aún se elevaba el humo acre del cráter donde el droide hailfire Separatista había descargado sus misiles, colapsando el túnel y cortando la última vía de escape de los soldados clon. Los Separatistas habían sido muy meticulosos. “La única razón por la que están vivos es porque los Separatistas no quieren destruir la planta para forzarlos a salir,” añadió él.

“Pero no tienen por qué hacerlo, ¿verdad?” Dijo Torles en voz baja. “Para cuando el General Tus pueda volver con suficientes tropas terrestres, ya habrán muerto de hambre.”

“Sí,” dijo Binalie. “Irónico, ¿verdad? El Comandante Roshton dedicó todos esos esfuerzos a retomar la planta. Y lo consiguió.

“Y allí es donde va a morir.”



3. El fin del Héroe

Las calles de Ciudad Foulahn estaban oscuras y desiertas mientras Kinman Doriana se abría paso entre los amasijos de droides rotos, pequeños cráteres de misil, edificios destruidos, cuerpos y el desorden general de la guerra. El comlink militar que le había prestado el Comandante Roshton le había permitido escuchar el lado de la batalla de la República, y sabía que el combate aquí y en el espaciopuerto Triv había sido duro. Pero saberlo no le preparó para ver la carnicería que los soldados habían dejado tras ellos.

Media docena de cráteres se solapaban a lo largo de la calle frente a él, la mitad de ellos llenos de escombros de los edificios destruidos por los misiles y de algunos cadáveres mutilados de civiles que habían quedado atrapados en el fuego cruzado. La lucha aquí debía haber sido especialmente cruenta, decidió él, con un oficial de alto rango en el lado de la República. Quizás aquí encontraría lo que estaba buscando. Así lo esperaba. Era más tarde de la medianoche y estaba dolorosamente cansado, y sin duda los nuevos mandos Separatistas de esta parte de Cartao habrían decretado un toque de queda para la población. La primera patrulla que lo detectara significaría problemas y no estaba de humor para discutir con droides de combate. Pese a los dramáticos acontecimientos y reveses de las últimas horas, las cosas estaban funcionando casi según el plan de Lord Sidious, pero eso no significaba que Doriana tuviera que disfrutar de la situación. Ya se había hartado de batallas mucho tiempo atrás y prefería con diferencia permanecer en su escritorio en la oficina del Canciller Supremo Palpatine y manejar sus planes y manipulaciones a larga distancia.

Un brillo blanco a su izquierda le hizo girar la vista, y escogió cuidadosamente el camino hacia el mismo a través del camino de escombros. Probablemente se tratara de otra pieza del adorno decorativo del techo blanco del que los residentes de Foulahn estaban tan orgullosos, pensó amargamente, pero debía comprobarlo.

Pero no era un trozo de techo. Era el cuerpo medio enterrado de un soldado clon. Un teniente por los galones de su armadura. Al fin.

En circunstancias normales, habría tardado quizás dos minutos en desenterrar el cuerpo de los escombros. Debido a la necesidad de silencio, a Doriana le costó casi diez. Pero el esfuerzo mereció la pena. Oculta en una de las bolsas de supervivencia del cinturón del teniente había una tarjeta de datos sin etiquetar. Guardándola en su bolsillo, Doriana soltó la bolsa de supervivencia y empezó a erguirse.

“Alto,” le ordenó una voz monótona y mecánica tras él.

Doriana se detuvo. “No dispare,” dijo él, poniendo las manos lentamente a los lados para que los droides pudieran ver que estaban vacías. “Soy un observador médico oficial.”

“Gírese e identifíquese,” ordenó la voz.

Doriana obedeció, girando cuidadosamente sobre el suelo poco firme. Era una patrulla completa de seis: seis de los antiguos

droides de batalla, uno de ellos ligeramente en cabeza. En la tenue luz, Doriana no podía decir si había alguien de rango entre ellos “Identifíquese,” repitió el droide que estaba encabeza.

“Mi nombre es Kinman Drifkin,” les dijo. “Soy un miembro del Cuerpo de Observadores Médicos de Aargau. Somos un poder neutral dedicado a observar e informar sobre las atrocidades acontecidas en este conflicto.”

El droide parecía asimilarlo. “Acérquese,” le ordenó. “¿Tiene una identificación oficial?”

“Por supuesto,” dijo Doriana, metiendo la mano en su bolsillo mientras caminaba hacia el grupo. Los droide levantaron sus blasters a modo de advertencia mientras sacaba la mano, relajándose levemente cuando vieron que únicamente sostenía una tarjeta de datos. “¿Cuál de ustedes tiene un lector?” preguntó él.

“Yo la cogeré,” dijo el portavoz, cambiando su blaster de mano y extendiendo una mano que era como una garra.

Doriana se acercó y le tendió la tarjeta de datos. De modo que era el líder; y a esta distancia podía ver las pálidas marcas amarillas de un oficial de mando en su cabeza y torso. Excelente. “Creo que encontrará mis credenciales en orden,” añadió él, mirando alrededor. No había nadie más a la vista, humano o droide.

“Ya veremos,” dijo el oficial droide, tomando la tarjeta de datos y deslizándola en la ranura de lectura colocada en la parte baja de su mandíbula. “Aquí dice que su área de observación asignada es-”

“Barauch siete-nueve-siete,” dijo Doriana en voz baja. “Filliae gron uno-uno-tres.”

El oficial se detuvo en mitad de la frase. Doriana se movió unos centímetros a la derecha, para ver si los droides y sus armas seguían su movimiento.

No lo hicieron. A todas luces, el escuadrón al completo estaba congelado e inconsciente. “Ha ido de poco,” murmuró Doriana, sintiendo como se relajaban músculos que no había notado que estuvieran tensos. De modo que el código de bloqueo mágico que le había dado Sidious funcionaba de verdad.

Y si el código de bloqueo había funcionado… “Pinkrun cuatro-siete-dos aprion uno-ocho-uno-uno,” dijo él, alargando la mano hasta la mandíbula del portavoz y recuperando su falsa tarjeta de identificación. “Retroceder e ignorar tres minutos; pausa de un minuto; reiniciar. Ejecutar.”



La patrulla se estremeció al unísono. “Accediendo,” dijo el portavoz, con la voz mecánica sonando incluso más monótona que antes.

Con una leva sonrisa, Doriana se alejó de ellos, volviendo en la dirección por la que había venido tan rápido como pudo sin torcerse un tobillo con las rocas sueltas. Tenía un minuto para desaparecer antes de que los droides se descongelaran y reiniciaran su patrulla, con este pequeño incidente convenientemente borrado de su memoria. Llegó hasta la esquina más próxima y se agachó tras ella, parándose a escuchar. Unos segundos más tarde escuchó los ruidos metálicos característicos cuando los droides volvieron a la vida. Con cierto traqueteo continuaron su patrulla, y sus pasos se desvanecieron en la brisa nocturna. Sonriendo de nuevo, Doriana se separó del muro y se dirigió a la finca Binalie.

“¿Está bien?” preguntó suavemente una voz desde las sombras.

Doriana saltó violentamente. “¿Quién está ahí?” susurró.

“Relájese,” le calmó Jafer Torles, saliendo a la vista desde un portal con el sable de luz en su mano. “Soy yo.”

Doriana respiró profundamente. “Casi me provoca un ataque al corazón,” le reprochó. “En el futuro, sea tan amable de practicar sus técnicas Jedi de camuflaje con otro.”

“Perdón,” dijo Torles con una leve sonrisa. “Pero por un momento he pensado que iba a tener que demostrar algo más que mis técnicas de camuflaje. ¿Qué ha pasado allí?”

“¿Qué quiere decir con qué ha pasado?” contestó evasivamente Doriana, preguntándose incómodamente cuánto habría visto el Jedi. “Tan sólo era una patrulla de seguridad.”

“Qué miró su identificación y le dejó marchar,” señaló Torles. “¿Desde cuando los Separatistas dan pases a los consejeros de Palpatine?”

Doriana empezó a respirar más calmadamente. De modo que el Jedi estaba lo suficientemente cerca como para ver la confrontación, pero no para oír lo que se había dicho. Suficientemente bien. “No hay pases gratuitos para los consejeros, no” le dijo a Torles, sacando su falsa tarjeta de identificación. “Pero sí que los hay para los observadores neutrales. Kinman Drifkin, del Cuerpo de Observadores Médicos de Aargau, a su servicio.”

“Bonito,” dijo Torles. Cogió la tarjeta, le echó un vistazo y se la devolvió. “Soporta un examen básico, ¿verdad?”

“Como ha podido ver,” le recordó Doriana, guardando de nuevo la tarjeta. “El Canciller Supremo Palpatine no se puede permitir que sus hombres sean capturados por el enemigo en una zona de guerra. Lo que me recuerda que, ¿qué hace usted aquí?”

“Es curioso, le iba a hacer la misma pregunta,” dijo Doriana, con la voz súbitamente rara. “Lord Binalie dijo que usted había ido a la ciudad y me pidió que fuera a ver si tenía algún problema. De modo que, ¿qué está haciendo?”

“Sentirme bastante a gusto conmigo mismo y listo para marcharme de aquí,” le dijo Doriana. “¿Ha encontrado ya Lord Binalie algún sitio donde quedarse?”

“Sí, tenemos uno,” dijo Torles.

“Bien,” dijo Doriana. “Lléveme allí y juntos lo solucionaremos.”

Por un breve instante, Torles continuó mirándole de la forma desconcertante que los Jedi de toda la galaxia parecían dominar a la perfección. Entonces de mala gana, pensó Doriana, asintió. “De acuerdo. Sígame.”

Se dirigió hacia las calles desiertas. Doriana le seguía, frunciendo el ceño. Después de todo, Torles tenía la culpa de que la situación hubiera terminado de la forma en que lo había hecho, con Roshton y sus soldados clon ocupando la planta mientras los ejércitos droide Separatistas esperaban inútilmente en el exterior. No era la forma en que Darth Sidious había planeado la operación, y se encogió al pensar lo que el señor Sith diría sobre ello la próxima vez que Doriana contactara con él.

Aún así, la situación no estaba ni mucho menos perdida. Los refuerzos de la República tardarían días en llegar, lo que daba tiempo a Doriana para poner las cosas en su sitio.

Y respecto al Jedi...

Miró la ancha espalda de Torles mientras éste rodeaba otro cráter de misil. Ahora que lo pensaba, la imperturbable heroicidad de Torles de la noche anterior quizás iría a favor de Doriana. Ciertamente, había aumentado su respeto y prestigio en el puñado de días que habían pasado desde que Doriana aterrizara en Cartao.

Lo que haría que fuera todo un placer acabar con el Jedi.

Con el túnel bajo la hierba sur de Creaciones Spaarti derrumbado, no había ninguna razón para que los neimoidianos que controlaban las fuerzas Separatistas ocuparan la finca Binalie. Pero la habían ocupado de todos modos, probablemente por despecho por la forma en la que Torles había ayudado para echarles de la mansión pocas horas antes. Con su hogar ocupado por droides de batalla, fue necesario que Lord Binalie y su hijo Corf buscaran otro alojamiento.

El invernadero de la finca era la posibilidad más remota, dada la casi completa visibilidad de los paneles de transpariacero del edificio. Y precisamente por eso la sugirió Torles. Lo que cualquier buscador pensaría -o al menos es lo que Torles

esperaba que asumiría- es que no cabría la posibilidad de que alguien se escondiera en un espacio tan abierto y pensara en otros sitios más probables.

Lo que cualquier buscador olvidaría sería la cantidad de plantas en el interior del invernadero, plantas que podían ser movidas y colocadas para formar áreas ocultas tan cubiertas e invisibles como un campamento militar en un bosque profundo.

Binalie y Corf casi habían terminado de preparar el nuevo alojamiento cuando llegaron Torles y Doriana. “Ah; Maestro Torles,” dijo Binalie, dejando un paquete de raciones de emergencia al lado de otros tres junto a una hilera de plantas altas con amplias hojas colgantes. “¿Ha encontrado a Doriana? Oh- ahí está,” añadió mientras veía a Doriana a la pálida luz de las estrellas. “¿Algún problema?”

“Ninguno,” dijo Torles. “Lo he encontrado engañando a una patrulla droide.”

“¿De verdad?” dijo Binalie. Su voz era despreocupada, pero Torles pudo sentir la súbita sospecha. “¿Y cómo se engaña a unos droides de batalla?”

“Con el uso juicioso de falsas credenciales,” le dijo Doriana brevemente. “Pero eso no importa. Tengo algo que mostrarle que debería ser considerablemente más interesante. ¿Hay algún lugar en el que podamos tener algo más de luz?”

“Supongo,” dijo Binalie a renuentemente. “¿Maestro Torles-?”

“¿Por qué no se adelanta y lo lleva al sótano?” sugirió Torles. “Yo iré a echar un vistazo rápido.”

“Gracias,” dijo Binalie, sonando algo aliviado. “Por aquí, Maestro Doriana.”

Cuando Torles volvió de su ronda por los alrededores, Binalie, Corf y Doriana estaban sentados en el almacén subterráneo del invernadero. “Todo despejado,” confirmó el Jedi, bajando la trampilla y dejando el lugar completamente a oscuras. “Adelante, Corf.”

Un momento después se encontró bizqueando mientras el chico encendía una pequeña luz del techo. “De acuerdo, Maestro Doriana,” dijo Binalie. “Escuchémoslo.”

“Esta es una identificación de soldado,” dijo Doriana sacando una tarjeta de datos. “La cogí de un soldado clon teniente muerto. Normalmente no contiene nada más que el nombre, el rango y número operativo. Sin embargo, la tarjeta de un oficial de campo también tiene algo llamado perfil de despliegue de contingencia. Da instrucciones detalladas de dónde y cómo reagruparse en caso de interrupción de la cadena de mando o en la clase de desastre que acabamos de experimentar.”

“Nunca había oído algo parecido,” dijo Binalie.

“No se comenta demasiado por razones obvias,” dijo secamente Doriana. “Por la misma razón, no es fácil acceder a la información.”

“¿Pero puede hacerlo?”

“Sí,” dijo Doriana. “Por la mañana, cuando los lugareños puedan salir de nuevo de sus casas, usted y el Maestro Torles deberían poder viajar al punto de encuentro y contactar con los supervivientes de la batalla de anoche.”

“¿Sólo nosotros dos?” preguntó Torles. “¿Usted no viene?”

Doriana negó con la cabeza. “Ahora que los Separatistas controlan el lugar, necesito mantener el perfil más bajo posible. Mi rostro puede haber sido visto en el fondo de una de las emisiones del Canciller Supremo Palpatine, y no puedo arriesgarme a que alguien me reconozca. Pero puedo darles una tarjeta de datos autorizada, que confirmará que tienen la autoridad para darles órdenes.”

“Espere un momento,” dijo Binalie frunciendo el ceño. “¿Qué órdenes?”

“Tenemos que sacar a Roshton y su gente de aquí, Lord Binalie,” dijo Doriana, en voz baja, sincera y muy persuasiva. “Cuanto más tiempo permanezcan atrapados dentro de Spaarti, más débiles y

vulnerables a los ataques estarán. No olvide que todos los técnicos que se llevó con él no debían llevar equipo de campo, lo que significa que el grupo empieza a tener una falta crítica de comida y agua. Si dejamos que se debiliten demasiado, las posibilidades de sacarlos con vida pasaran de pocas a ninguna."

"¿Y no cree que la República enviará ayuda?" preguntó Corf con calma.

Torles se centró en el joven. Era notable, pensó él, lo rápidamente que Corf había crecido en los últimos días. Empezó como un chico alegre y despreocupado, satisfecho con buscar vides de siviviv o pasar el rato con el Guardián Jedi de Cartao.

Y entonces llegó Doriana, y los sucesos que siguieron convirtieron la casa de Corf y su vecindario en una zona de guerra. Ahora era más callado, más pensativo, más obsesionado.

La guerra había llegado a Cartao. Por desgracia, también había llegado a Corf Binalie.

"No lo sé, Maestro Binalie," admitió Doriana, con la voz tan grave como la del chico. "He hablado con el Canciller Supremo Palpatine y sé que quiere ayudar. La cuestión es si hay fuerzas de la República lo suficientemente fuertes y lo suficientemente cercanas para enfrentarse a este ejército Separatista. Estoy seguro de que comprende que hay muchos otros mundos y sistemas en situaciones igual de desesperadas."

Miró a Torles. "A menos que haya fuerzas disponibles que yo desconozca."

Torles frunció el ceño. "¿Qué quiere decir?"

Por un momento, Doriana le miró como si quisiera leer algo oculto. Entonces, casi demasiado casualmente, se encogió de hombros. "Nada," dijo él. "Simplemente pensaba que usted tendría una línea con- no importa."

Hizo un gesto hacia la trampilla que había sobre ellos. "Sugeriría que subieran los tres y durmieran un poco," dijo él. "Yo necesito quedarme aquí abajo un rato y desencriptar este despliegue de contingencia."

Binalie miró a Torles con las cejas ligeramente levantadas. Torles se encogió microscópicamente. Podía sentir cierto aire de secretismo en la mente de Doriana, pero podía ser sólo la precaución normal de un hombre que trata con seguridad militar de alto nivel. "De acuerdo," dijo Binalie. "Háganos saber cuando está listo para volver arriba."

"Lo haré," prometió Doriana, apagando la luz para que los otros pudieran abrir la trampilla sin delatar su presencia. "Buenas noches. Y no se preocupen," añadió con un tono pensativo en la oscuridad. "Tengo el presentimiento de que mañana por la noche todo habrá terminado."



Había varios puntos de reunión en la tarjeta de datos, clasificados en orden descendiente de preferencia. El primero, uno de los hangares del espaciopuerto, ya estaba ocupado por las fuerzas Separatistas, ocupadas trabajando en los vehículos dañados. El segundo, un almacén en el borde norte de la ciudad, había sido demolido en la batalla de la noche.

En el tercero, una planta hidroeléctrica automatizada junto al río Quatreen, Torles y Binalie encontraron a las fuerzas de la República.

"Esto es muy irregular," dijo el oficial al mando, un teniente de aspecto juvenil, mientras les devolvía la tarjeta de datos de

presentación que les había dado Doriana. “Pero parece estar en orden.” Hizo una señal con la mano y el grupo de soldados clon que había aparecido súbitamente a su paso por la puerta bajaron sus blasters. “Soy el Teniente Laytron. ¿De qué va todo esto?”

“De lo que va es de un par de cientos de soldados de la República y un millar de técnicos de la República atrapados en la planta de Creaciones Spaarti,” le dijo Torles.

“Sí, el grupo del Comandante Roshton,” dijo Laytron. “Hemos contactado brevemente con ellos. Parece que están haciendo progresos en el proyecto en el que están trabajando.”

“Es bueno saberlo,” dijo Binalie amargamente. “¿No mencionó nada acerca del agua, de la comida o de otras cosas sin importancia?”

Laytron le miró fríamente. “Por el momento, parece que está bien.”

“Lo que es una completa ilusión,” señaló Torles. “Y usted lo sabe.”

“La cuestión es, ¿Qué piensa hacer al respecto?” añadió Binalie.

“Miren a su alrededor, caballeros,” dijo Laytron sobriamente. “Llegamos a Cartao con diez cañoneras y cuatrocientos cincuenta oficiales y hombres. Soy el último oficial vivo y tengo exactamente doscientos treinta y tres soldados -sin vehículos- con los que trabajar. Si lo comparamos con unos dos mil droides de combate, más las TAPUs y los tanques de batalla, entonces estamos hablando de pocas posibilidades. Estoy desconectado de una autoridad superior y no puedo justificar legalmente una acción en solitario sin una posibilidad de éxito razonable. Y esa posibilidad no existe.”

“¿De modo que ni siquiera va a intentarlo?” inquirió Binalie.

“Estoy seguro de que los refuerzos están en camino,” dijo Laytron. “Cuando lleguen, mis hombres y yo lucharemos junto a ellos. Hasta entonces, no hay nada que pueda hacer excepto esperar que la gente de Roshton pueda aguantar.”

“¿Y si rebajamos un poco nuestras expectativas?” sugirió Torles. “En lugar de derrotar a los Separatistas, ¿por qué no sacamos a Roshton y a su gente?”

“¿Dejando el lugar abierto para que los Separatistas puedan entrar?” El teniente negó con la cabeza. “Lo siento, pero los parámetros de nuestra misión eran muy específicos respecto a eso.”

“Entonces está condenando a muerte a esos soldados y civiles,” replicó Binalie sonando enfadado. “Roshton no se rendirá -es demasiado terco para hacer algo así. ¿Sus parámetros de misión dicen algo sobre eso?”

“Comprendemos sus órdenes, Teniente,” dijo Torles lanzando una mirada de advertencia a Binalie. “Pero, ¿qué pasaría si los Separatistas no supieran que la gente de Roshton ha escapado?”

Los ojos del otro se estrecharon. “Explíquese.”

“Estoy seguro de que tiene un mapa del área,” dijo Torles. “¿Recuerda como está distribuida Creaciones Spaarti? ¿Una planta central y tres Outlinks subterráneos a unos cinco kilómetros de distancia para almacenaje de productos?”

“Todos ellos conectados a la fábrica vía túneles subterráneos,” dijo Laytron asintiendo. “Desgraciadamente, los Separatistas tienen los mismos planos que nosotros. Tienen los Outlinks y sus túneles cubiertos.”

“De hecho,” dijo Torles, “no los tienen.”

Gesticuló hacia Binalie. Torles podía sentir que no estaba contento pero seguiría adelante con ello.

“El hecho es, Teniente, que los mapas están equivocados,” dijo Binalie. “Construimos un cuarto Outlink, a unos dos kilómetros al suroeste de la planta. No está listo del todo, por eso no figura en los mapas oficiales. Pero la estructura del Outlink está construida.”

“Y también lo está el túnel de conexión,” dijo Torles. “Lo único que falta es la abertura al complejo.”

“Cosa que un Jedi con un sable de luz podría remediar fácilmente,” dijo Laytron pensativamente.

“Exacto,” concedió Torles. “Si usted pudiera preparar alguna clase de distracción para alejar a las patrullas de esa parte de las tierras, yo podría infiltrarme y sacar a la gente de Roshton sin que se enteraran los Separatistas.”

“Una idea interesante,” dijo Laytron. “¿Tiene alguna distracción en mente?”

“Esperábamos que a usted se le ocurriera algo,” dijo Torles. “Estoy seguro de que conoce mejor que nosotros la situación militar.”

“Bueno, hay una posibilidad obvia,” dijo Laytron. “Con la nave de control destruida, deben estar controlando el ejército droide desde la matriz de control secundario que trajeron con ellos. Se la amenazamos, no tendrán más elección que responder.”

“Buena idea,” gruñó Binalie. “La cuestión es dónde está.”

“No está en uno de los tanques de batalla o transportes MTT,” dijo Laytron. “Hay un límite a la miniaturización que puedes hacer con algo así. Por tanto ha de estar en una de las naves de aterrizaje.”

“A memos que no esté en esta área,” señaló Binalie. “Hay cerca de un millón de kilómetros cuadrados de espacio vacío donde pueden haberla escondido.”

“No,” dijo Laytron negando con la cabeza. “No hay presencia de droides de combate en el resto del planeta, al memos nada serio, Los neimoidianos no son tan atrevidos como para dejar algo tan importante sin una buena pantalla de defensa para cubrirlo. No, definitivamente está en una de las naves de aterrizaje. La pregunta es en cuál.”

Una imagen asaltó la mente de Torles: corriendo en la oscuridad por el tejado de la planta, fijándose en las TAPUS haciendo círculos sobre la nave de aterrizaje que se había posado junto a la puerta oeste de la planta. “Es la primera,” dijo él. “La que está junto a la planta.”

“¿Cómo lo sabe?” preguntó Laytron frunciendo el ceño.

“Estaba bajo fuerte vigilancia durante la batalla de anoche,” le dijo Torles. “Si los neimoidianos son tan nerviosos como dice, la querrán donde sus fuerzas terrestres la puedan proteger al mismo tiempo que protegen la planta.”

“Además, la planta es el lugar de Cartao que ambas partes intentan proteger,” dijo Binalie. “Creo que el Jedi Torles tiene razón.”

“Supongo,” dijo dubitativamente Laytron. “Pero la distracción será más complicada. El Outlink no está tan alejado de la línea de sitio alrededor de la planta, y por lo que usted ha dicho parece que el túnel pasa casi por debajo de la nave de aterrizaje.”

“¿Está diciendo que no hay manera de hacerlo?” preguntó Binalie.

Laytron sonrió levemente. “Para nada,” dijo él. “¿Cuándo quiere que empiece la operación?”

“Lo antes posible,” dijo Torles. “Sería bueno sacarles mientras tengan fuerzas para salir andando por sí mismos.”

“Bien,” dijo Laytron, haciendo un gesto a uno de los soldados clon. “Esta tarde, antes de la puesta de sol. Le sugiero que esté preparado, Maestro Torles.”



“¿Maestro Torles?” dijo suavemente la voz de Corf. “Es la hora.”

Torles parpadeó, dejando que el trance de la meditación Jedi se disipara en su mente. Corf estaba de pie junto a su cama, con una mirada apurada en su cara. “Gracias, Corf,” dijo Torles mientras bostezaba y se estiraba. “¿Dónde está tu padre?”

“Se marchó con el Maestro Doriana y ese teniente de la República hace una hora más o memos,” dijo Corf. “Papá dijo que se suponía que os temíais que encontrar en el Outlink Cuatro.”

“Lo sé,” dijo Torles mirando a su cromo. Aún era pronto. Había tiempo de sobra para un pequeño paseo por los bosques al oeste de Creaciones Spaarti. “¿Qué tal lo llevas?”

El chico se encogió de hombros. “Bien, supongo,” dijo él. “Un poco preocupado.”

“No debes estarlo,” le aseguró Torles. “Me aseguraré que tu padre se queda fuera de la lucha.”

“Lo sé,” dijo Corf. “Papá también me lo prometió. Estoy preocupado por ti.”

“Estaré bien,” dijo Torles sonriendo. “Soy un Jedi, ¿recuerdas?”

“Oh, es verdad,” dijo Corf. Intentó devolverle la sonrisa, pero no estaba de humor. “A veces lo olvido.”

“Bueno, pues no lo hagas,” le reprendió ligeramente Torles mientras guardaba su sable de luz en la capa. “Quédate escondido y te veré más tarde.”

“De acuerdo,” dijo Corf; y para sorpresa de Torles, dio un paso al frente y abrazó rápidamente al Jedi. “Ten cuidado.”

Torles había pasado parte del día pensando en la elección aparentemente casual de Laytron para la operación. Fue cuando se escabulló de la finca Binalie y se dirigió hacia el oeste por el margen de Ciudad Foulahn cuando se dio cuenta de que la elección no era tan aleatoria como había pensado en un principio. Con la puesta de sol, la mayoría de las fuerzas enemigas que rodeaban Spaarti debería mirar directamente al sol para ver la silenciosa salida de Roshton desde el Outlink Cuatro. Incluso los sensores ópticos droides tendrían problemas con la luz directa del sol, y la opinión de Torles sobre el joven teniente mejoró cuando se dio cuenta de que el joven había tenido en cuenta esa debilidad.

Dos veces a lo largo del camino tuvo que esconderse Torles, al cruzarse con droides que marchaban por allí. Pero había planeado los posibles retrasos cuando preparó su hora de despertar, y llegó al tejado cubierto de césped del Outlink Cuatro con tiempo de sobras.

Binalie estaba esperando tras un grupo de árboles junto a un par de soldados clon. “Maestro Torles,” dijo Binalie saludando al Jedi con la voz tensa por la anticipación. “¿Le ha visto alguien?”

“Si ha sido así, nadie me ha disparado,” le dijo Torles mirando el tejado camuflado. “No tendremos que levantar el tejado para entrar, ¿verdad?”

Binalie negó con la cabeza. “Hay una escalera de servicio en un lateral.”

“Entonces vamos,” dijo Torles mirando al cielo. Una docena de TAPUs hacían círculos en el este, patrullando el cielo sobre la planta y la nave de aterrizaje junto a ella.

“¿No deberíamos esperar a que empiece la distracción?” preguntó Binalie.

“No nos lo podemos permitir,” dijo Torles. “Necesitaremos toda la distracción posible para sacar a esa gente de la planta.”

“Tiene razón.” Binalie respiró hondo y se dispuso a cruzar el espacio abierto. “Síganme.”

La sección de techo sobre la escalera de servicio se abrió con gratificante velocidad y silencio. Binalie iba en cabeza bajando los escalones, y esperó abajo a que los demás lo alcanzaran antes de usar un pequeño panel de control para sellar el techo de nuevo. “Todo el cableado está a punto,” dijo mientras encendía un par de varas luminosas y le pasaba una a Torles. “Pero he pensado que encender algo aquí, ni que fuera para tener luz, sería arriesgado.”

“Bien visto,” reconoció Torles girándose hacia los soldados clon. “Ustedes dos quédense aquí y vigilen la salida,” ordenó.

“Entendido,” dijo uno de ellos.

Torles asintió y él y Binalie salieron trotando por el túnel vacío. Diez minutos más tarde, llegaron al otro extremo.

“Debería haber un grupo de bombas de aire aquí, y la entrada del ventilador del túnel debería estar por allí,” dijo Binalie señalando puntos a la izquierda y a la derecha del muro. “Esta operación sería mucho más barata si lograra evitar ambos.”

“Haré lo que pueda,” dijo Torles encendiendo su sable de luz. Empujando la punta de la hoja con cuidado a través del centro de la zona de seguridad indicada por Binalie, empezó a cortar.

Un minuto más tarde había cavado un triángulo del tamaño de un hombre. Apagando el sable de luz, usó la Fuerza para empujar la sección de medio metro de grosor de la pared.

Para encontrarse mirando los cañones de media docena de rifles blaster. “¿Comandante Roshton?” preguntó.

Los cañones se levantaron al instante. “Ya era hora,” dijo Roshton apareciendo frente a sus soldados con expresión sombría. Estaba equipado para la acción, según vio Torles, llevando el comlink de soldado clon y dos blasters en las cartucheras de su cinturón. “Empezaba a pensar que le habían capturado.”

“¿Qué dice?” preguntó Binalie. “Llegamos a tiempo.”

“Llegan dos minutos tarde,” le corrigió Roshton agriamente. “Si el Teniente Laytron va según el horario previsto, la distracción empezará en catorce minutos. Queremos estar sacando a gente por el otro extremo del túnel para entonces.”

“Entonces será mejor que empecemos,” dijo Torles. “¿Su gente está lista para moverse?”

Roshton respondió levantando una mano. Los soldados clon que habían estado apuntando a Torles con sus rifles levantaron las armas hasta su pecho y pasaron en fila india a través de la nueva abertura. Formando de nuevo en filas de tres, se alejaron por el túnel al trote. Fueron seguidos por otra escuadra de seis, y otra, y otra. “¿Qué hay de los técnicos?” preguntó Torles mientras el quinto grupo de soldados pasaba corriendo frente a él. “¿Cuándo pasarán?”

“Cuando tengamos suficiente potencia de fuego en el otro extremo para protegerlos,” gruñó Roshton, atravesando la puerta y dando un codazo a Binalie. “Vamos, los dos. Nuestro turno para movernos.”

Los soldados clon que habían ido en cabeza estaban esperando en el extremo del túnel cuando Torles, Binalie y Roshton llegaron. “Quedan dos minutos,” dijo el comandante consultando su crono. “¿Qué tal la cobertura ahí arriba?”

Binalie abrió la boca para responder- “Espacio abierto tres metros al norte y veinte metros al sur,” dijo uno de los soldados clon que habían dejado haciendo guardia. “La cobertura de los árboles empieza a cinco metros al este y es intermitente.”

“No es perfecta, pero servirá,” decidió Roshton. “Alinéense en la escalera. Lord Binalie, ¿hay algún mecanismo para abrir la puerta de salida?”

“Los controles están justo allí,” dijo Binalie señalando el panel, con un tono súbitamente extraño. “Pero-”

“¿Pero qué?” exigió Roshton mirándole.

Binalie echó una rápida y ambigua mirada a Torles. “Nada,” murmuró. “Funcionarán.”

“Bien.” Roshton miró hacia arriba por la escalera mientras sus soldados subían. “Colóquense en posición,” dijo suavemente. “Romperemos la cobertura cuando suene el primer disparo.”



“Faltan dos minutos,” dijo el Teniente Laytron consultando su trono. “Todas las escuadras, Informen por número.”

Se quedó callado, escuchando atentamente los informes que llegaban a sus auriculares. Doriana se encontró mirando hacia el norte, a través de la franja de hierba y la línea de droides de combate que hacían guardia allí. La fuerza era casi testimonial, puesto que no había puertas o ventanas en el lado sur de la planta. El ejército droide principal, con los tanques de batalla AAT restantes, estaba concentrado alrededor de los lados vulnerables al este, oeste y norte.

Pero incluso una persona o máquina en esa franja prohibida de hierba era un pecado para los tejedores Cranscoc, quienes eran el verdadero corazón de la operación Spaarti. Probablemente estarían nerviosos e indignados por todos los droides que permanecían allí. Pero, por supuesto, eso no importaba a los comandantes Separatistas.

Por otro lado, ya que las herramientas de la planta estaban configuradas para los cilindros de donación que las fuerzas de la República habían enviado a Cartao para fabricar, a Roshton tampoco le importaría demasiado que los tejedores estuvieran molestos. Dos enormes sistemas políticos, enfrentados en una batalla de voluntades, armas y muerte, completamente ajenos a como afectaban sus acciones a aquellos que les rodeaban.

Pero esas acciones solían comportar muchos daños colaterales inesperados. Esa era una lección que alguien iba a aprender hoy.

“Un minuto,” dijo Laytron. “Estén listos.”

Doriana respiró hondo, tratando de calmarse. Sabía que había llevado a cabo su parte del plan, llevar a ambos bandos de forma precisa al lugar adecuado en el momento correcto. El resto no estaba en sus manos, y podía sentir la incómoda sensación de frustración que acompañaba a momentos como éste.

“Y... ahora.”

Con el rugido de múltiples niveles de una docena de modelos de motor diferentes, una docena de speeders civiles pilotados salieron a la vista desde las colinas que salpicaban el paisaje, cada uno con una carga de cuatro a ocho soldados clon. Maniobraron rápidamente alrededor de las colinas para formar una línea de ataque en el margen sur de la zona de hierba. Entonces, cuando los piquetes enemigos y las TAPUs que volaban alto parecieron darse cuenta, el sonido de los motores cambió y los vehículos se dirigieron a toda velocidad hacia la planta.

“A la espera, fuego de cobertura,” ordenó Laytron. Las TAPUs entraron en el ataque, con sus blasters dobles escupiendo fuego contra los speeders. Frente a los speeders que avanzaban, las fuerzas estaban formando una sólida línea de defensa entre los soldados clon y la planta. Sus blasters también abrieron fuego, buscando rango

“Fuego,” dijo Laytron.

Las cimas de una docena de colinas cercanas se difuminaron cuando se destaparon las cubiertas de camuflaje y se elevaron las armas pesadas, rapiñadas de las cañoneras y los AATs dañados, para apuntar al enemigo. Los disparos de cañón láser silbaron hacia las TAPUs que se aproximaban, destruyendo media docena con la primera salva y enviando al resto dando tumbos en maniobras evasivas. Un par de misiles surgieron de una de las colinas para impactar contra el centro de la línea defensiva droide. Cuando el humo, el polvo y el brillo púrpura de la explosión se disiparon de la vista de Doriana, sólo quedaba un cráter y cientos de piezas humeantes de los droides de combate.

“Aquí vienen,” murmuró Roshton señalando al este.

Doriana movió los ojos en esa dirección. Tres tanques de batalla AAT aparecieron desde el lado del edificio, abriendo fuego mientras se abrían paso hacia los speeders. “Llegan demasiado tarde,” dijo Doriana haciendo una estimación de distancias y velocidades.

“Completamente,” concedió Roshton mientras el fuego de cobertura de la colina cambiaba de objetivo y empezaba a aporrear a los AAT. “El peor fallo de los ejércitos droides, Maestro Doriana: los soldados no pueden pensar o anticiparse.”

Doriana sonrió. “Y por eso la República va a ganar.”

Los tanques de batalla aún estaban disparando inútilmente cuando los speeders llegaron a la planta. Incluso antes de que los vehículos pararan del todo, los soldados clon estaban saltando de ellos, colgando los rifles pesados en sus hombros mientras formaban junto a la pared. Las primeras dos docenas que llegaron a la posición levantaron pistolas de cable y dispararon hacia arriba. Los ganchos se agarraron al borde del tejado y, un momento después, los soldado: empezaron a ser estirados hacia arriba mientras sus camaradas le: cubrían. Las TAPUs restantes se dirigieron hacia esa nueva amenazo y lograron matar a dos de los soldados clon que escalaban antes de que los disparos de los soldados que había abajo eliminaran ese amenaza.

La primera oleada llegó al tejado y se abrió paso, descolgado su: rifles y creando un perímetro defensivo. La segunda oleada ya estaba a medio camino por el lateral del edificio cuando estos estaban en posición, con la última oleada elevándose ya desde el suelo.

“Y eso es todo,” dijo Laytron con satisfacción sombría mientras los soldados clon se reagrupaban y empezaban a cruzar el tejado con las armas a punto. “Los Separatistas no pueden dispararles sin arriesgarse a dañar la planta, pero ellos podrán disparar a la nave de aterrizaje tan pronto la tengan a tiro. ¿Es la clase de distracción que tenía pensada, Maestro Doriana?”

Doriana sonrió. “Sí, Teniente,” dijo suavemente. “Debería funcionar.”



Los sonidos lejanos de fuego de blaster eran claramente audibles cuando Torles salió del túnel a la luz del sol de la tarde. “Parece que ya ha empezado,” murmuró a Binalie mientras los dos corrían hacia los árboles donde los soldados clon que les precedían se habían puesto a cubierto. “Sólo espero que puedan aguantar hasta que todo el mundo esté fuera.”

“No importa,” dijo Binalie cuando llegaron a los árboles.

“¿Qué quiere decir con que no importa?” preguntó Torles mientras se escondían tras un amplio arbusto forlaline. “Ese es el motivo de todo esto.”

Binalie negó con la cabeza. “Quizás ese era su motivo y el mío,” dijo con la voz tensa. “Pero no el de Roshton. No tiene intención de sacar a esos técnicos.”

“¿Pero qué está hablando?” preguntó Torles frunciendo el ceño.

“¿No le ha escuchado?” contestó Binalie. “¿A él y a sus soldados? Ha preguntado sobre la cobertura y le han dado los datos del norte, sur y este. No han dicho nada sobre la cobertura del oeste, y el tampoco ha preguntado.”

Torles parpadeó cuando la conversación le volvió a la memoria. Binalie tenía razón. Roshton no había preguntado sobre las condiciones del oeste. Aunque el oeste era la dirección obvia para alguien que abandonara la planta.

Pero si no se estaban marchando...

Sus ojos se movieron alrededor buscando a Roshton, con la comprensión pinchándole el estómago. Vio al comandante de pie junto a la entrada del túnel, mirando hacia la escalera mientras los soldados clon seguían saliendo.

Torles se puso en pie y se dirigió hacia él. Habría dado unos tres pasos cuando Roshton levantó una mano y señaló al este.

Y de pronto todo el ejército se empezó a mover, con los blasters preparados y corriendo hacia la nave de aterrizaje que sobresalía por encima de los árboles.

El último de los soldados estaba pasando por delante de Roshton cuando Torles llegó hasta él. “¿Qué está haciendo?” reclamó agarrando al comandante por el brazo. “Se suponía que esta era una misión de rescate.”

“Fuera de mi camino, Jedi,” respondió Roshton moviendo el brazo para soltarse. “Por supuesto que es una misión de rescate. Es el rescate de la preciosa fábrica de Lord Binalie.”

“Pero-”

“Sin peros,” le cortó Roshton gesticulando con su blaster. “Esta es nuestra oportunidad de llegar a la nave de aterrizaje y destruir la matriz de control droide. Si quiere ayudar, perfecto, estaré encantado de tenerle conmigo. Si no, apártese de nuestro camino.”

Torles miró a Binalie, que aún estaba agachado junto al arbusto, con la cara rígida por la ira, el miedo y la frustración. “Vuelva a la finca,” le dijo al otro. “Nos encontraremos allí.”

Los ojos de Binalie miraron a la planta por encima del hombro de Torles. “Vaya,” repitió Torles.

La expresión de Binalie era apurada, pero asintió. “De acuerdo.”



Se deslizó a través de los árboles y Torles se giró de nuevo hacia Roshton. "Iré con usted," dijo sacando su sable de luz. "Pero hablaremos de esto más tarde."

"Claro," gruñó Roshton. "Vamos."

Siguieron a los soldados, esquivando árboles y arbustos. De vez en cuando Torles veía alguna armadura blanca por delante, pero los soldados clon estaban yendo igual de rápidos que ellos y habían partido con ventaja. "Así, ¿cuál es el plan?" le preguntó a Roshton. "El nuevo plan revisado, quiero decir."

"Laytron tiene a hombres disparando en el tejado de la planta," dijo Roshton jadeando. "Los droides junto a la nave de aterrizaje están intentando encargarse de ellos sin dañar la planta. Con un poco de suerte, estarán de espaldas a nosotros cuando les ataquemos."

Torles hizo una mueca. Y cuando se encontraran con su ejército en un fuego cruzado, ¿qué harían los neimoidianos que controlaban a los droides? ¿Todo lo que consideraran necesario para defenderse, incluso destruir la planta Spaarti? Probablemente.

Dependía de Torles que eso no sucediera.,

"Los primeros elementos han llegado a la posición de disparo," informó Roshton apretando los auriculares contra su oreja. "Las siguientes unidades están saliendo. Si tenemos suerte y no son descubiertas-"

Se paró y Torles se quedó sin aliento cuando el volumen de los disparos cambió súbitamente. "Lo han sido," gruñó Roshton. "Todas las unidades: fuego a discreción."

Él saltó hacia delante, aumentando el paso. "¿Descubiertas?" preguntó Torles alcanzándole.

"Por uno de los guardias en la rampa de entrada," confirmó Roshton mientras diferentes sonidos de armas sonaban por delante. "Pero aún tenemos ventaja."

Corrieron otros cincuenta metros a través del bosque. Y entonces, de pronto, allí estaban.

Justo en medio de una batalla campal.

Roshton se agachó para cubrirse con un árbol cercano, con su blaster disparando contra el enemigo. Torles se escondió tras otro árbol, intentando tener una noción de la situación. Dos tanques de batalla AAT, que habían estado encarados a la puerta de la planta, estaban intentando darse la vuelta para encargarse de la nueva amenaza, maniobrando lenta y torpemente mientras luchaban contra la maraña de arbustos y el fuego pesado de dos direcciones. Avanzado ágilmente hacia el grupo de soldados clon de Roshton iban tres hileras de súper droides de batalla apoyados por unos cuando droides de asalto D60. La línea estaba sufriendo un daño considerable pero seguía avanzando.

Torles decidió que los tanques eran su prioridad. "Voy a entrar," le dijo a Roshton sobre el ruido, señalando a los tanques. "Cúbrame."

"Vale," gritó Roshton mientras Torles encendía su sable de luz. "Todas las unidades: ¡Fuego de cobertura a la izquierda!"

La lluvia de fuego de blasters de los soldados clon cambio abruptamente de objetivo, concentrando toda su furia en el flanco izquierdo de las tropas de avance y convirtiendo a los droides de ese lado en una masa caótica de cascotes, escombros y humo. Torles se agachó bajo el fuego amigo y esquivó la línea defensiva enemiga que se estaba desintegrando.

Los droides del AAT le vieron venir. Cuando su cañón láser principal empezó a masticar el paisaje del flanco derecho de las fuerzas de la

República, los blasters defensivos de corto alcance situados a cada lado de la entrada principal de aire empezaron a dispararle. El sable de luz de Torles brilló como respuesta, desviando los disparos o devolviéndolos a las espaldas de los droides que avanzaban.

Llegó hasta el AAT más cercano y saltó al frente. Colocándose frente a la entrada de aire y fuera del alcance de los blasters defensivos, clavó su sables de luz a través del blindaje y hacia el disco repulsor delantero.

El vehículo cayó hacia delante, golpeando el suelo con el morro como un cuadrúpedo al que le han golpeado las patas delanteras. Torles saltó hacia arriba mientras este se hundía medio metro en el suelo, aterrizando frente a la escotilla superior, y con tres cortes rápidos hizo trizas el cañón láser primario y los dos lásers laterales secundarios.

El segundo AAT había abandonado su ataque sobre los soldados clon y se había girado contra esta nueva amenaza. Por un momento, Torles permaneció donde estaba, haciendo equilibrios sobre el ahora inclinado techo del tanque de batalla mientras desviaba un par de disparos de los blasters defensivos del segundo tanque. Uno de los disparos volvió directamente a la boca del blaster, provocando una explosión similar a un eructo. Aprovechando el caos momentáneo en el interior del tanque, Torles usó la Fuerza para dar un enorme salto hasta el segundo tanque, encargándose de sus lásers primarios y secundarios como había hecho con el primero. Apoyándose en la escotilla, blandió su sable de luz una vez más para cortar las antenas receptoras del vehículo.

Un droideka apareció junto a la rampa de entrada, rebotando un poco mientras rodaba por el terreno irregular. Usando la Fuerza, Torles levantó uno de los lásers secundario que había cortado del primer AAT y lo envió volando al centro de la forma de rueda. Hubo un chirrido de metal doblándose y el droideka se paró en seco. Durante un segundo mantuvo la posición, con sus micro-repulsores luchando para mantenerlo equilibrado. Entonces, algo en su interior falló y cayó estrepitosamente sobre uno de sus lados.

El tartamudeo de múltiple fuego de blasters cortó el aire sobre la cabeza de Torles. Él se agachó por reflejo, girándose para ver un grupo de súper droides de batalla desintegrándose tras él. Vio que el fuego amigo provenía de arriba y al mirar hacia arriba vio a un grupo de soldados clon disparando desde el borde del tejado de Spaarti.

Movió sus manos en forma de agradecimiento. En respuesta, uno de ellos gesticuló con la mano hacia la base de la nave de aterrizaje.

Torles movió los ojos en esa dirección. Otro tanque descendía por la rampa, con la clara intención de unirse a la batalla. Hizo una rápida señal de reconocimiento a los francotiradores del tejado, saltó del vehículo destruido y empezó a dirigirse hacia la nave de aterrizaje a través del caos. Si se pudiera colar en la rampa bajo el tanque, quizás podría encargarse de sus repulsores y deshacerse de él ahí mismo.

"¡Jedi!"

Torles se paró, girándose a medida que se desvanecía el grito que le había llegado por encima del ruido de la batalla. Los droides de avance se acercaban a las fuerzas de la República, en un número menor que al principio pero avanzando de todos modos. Los soldados clon no parecían necesitar su ayuda, pero había un tono de urgencia en esa llamada.

"¡Jedi!"

Esta vez fue capaz de reconocer la dirección del grito y miró hacia donde Roshton estaba de pie junto a su árbol. El comandante le miraba, haciéndole señas frenéticamente para que se acercara.

Frunciendo el ceño, Torles cambió de dirección, con el sable de luz brillando de nuevo mientras rodeaba la línea de ataque droide para llegar a la relativa seguridad de los árboles. “¿Qué pasa?” gritó cuando Roshton le podía escuchar.

“¿No me ha oído?” le gritó Roshton. “¡Los Jedi!”

“¿Qué pasa conmigo?” preguntó Torles muy confundido.

“No usted.” Roshton apuntó hacia arriba con el dedo. “Los Jedi. “Los Jedi han llegado.”



“¿Los Jedi?” preguntó Doriana.

“Eso es,” dijo el Teniente Laytron con una mezcla de sorpresa, esperanza y alivio en su voz mientras miraba el cielo del este. “Un transporte de asalto lleno, según el mensaje, llegando en ayuda. Tenemos órdenes de retirarnos y dejarles espacio.”

“Pero eso es imposible,” objetó Doriana mirando cuidadosamente la cara del otro. “¿De dónde pueden haber venido?”

Pero si había alguna duda en la mente de Laytron, no se dejó ver ni en si cara ni en su voz. “Ni lo sé ni me importa,” declaró el joven. “Todas las unidades: retírense. ¿Dónde?” Levantó su cabeza. “De acuerdo,” confirmó señalando al cielo.

Doriana siguió la dirección de su dedo. En la distancia pudo ver una mota negra que se movía rápidamente hacia ellos. “Apresúrense con la retirada,” ordenó Laytron. “Están en camino.”

Sonrió levemente a Doriana. “Ahora veremos un buen trabajo.”

Doriana no contestó. En el borde más cercano del tejado, los soldados clon habían vuelto a sus líneas de ascensión y se estaban deslizando hacia abajo para llegar a los speeders. El vehículo que se aproximaba iba creciendo, y pudo ver que se trataba de un transporte de asalto de la República.

Y al ir creciendo, abrió fuego.

Laytron inhaló violentamente. “¿Qué están haciendo?” dijo respirando. “Están-”

“¿No están disparando a la nave de aterrizaje?” preguntó Doriana.

“Están disparando a la planta,” saltó Laytron, acercando el micrófono a su boca. “¡Transporte de la República, deje de disparar a la planta!" ¡Repito, deje de disparara la planta!”

La única respuesta fue un fuego más intenso desde el transporte, que ahora se alternaba entre la planta y las TAPUs que se acercaban para enfrentarse con él. Durante un largo momento, las fuerzas Separatistas y de la República intercambiaron fuego mientras el transporte de asalto continuaba avanzando.

Entonces, sin previo aviso, el vehículo empezó a caer en picado. Doriana aguantó la respiración cuando al ataque de las TAPUs se unió el fuego de los blasters de las fuerzas terrestres Separatistas. El transporte cayó aún más en picado

Y, mientras Laytron soltaba una retahíla de maldiciones, Doriana vio como atravesaba el tejado de la planta.

Durante lo que pareció una pequeña eternidad, no pasó nada. Entonces, con una horrible serie de explosiones amortiguadas, el tejado explotó hacia el cielo, esparciendo fragmentos alrededor como un pequeño volcán en erupción. Le siguieron las paredes del edificio, doblándose

y agrietándose y, finalmente, derrumbándose. Otra fuerte explosión resonó en los alrededores y, a través del humo y los restos, Doriana pudo ver una bola de fuego saliendo de la parte oeste de la planta.

"Han parado," dijo Laytron sombríamente.

"¿Qué?" preguntó Doriana.

El teniente señaló- cansinamente más allá de la hierba. "Los droides," dijo él. "Están congelados. La última explosión ha debido destruir la nave de aterrizaje y la matriz de control."

"Ya veo," dijo Doriana lentamente. "¿Contamos esto como una victoria?"

Laytron resopló. "Puede que los Jedi lo hagan," dijo amargamente. "¿Quién sabe cómo piensan? Pero el resto de nosotros no lo hará."

"*Para salvar el mundo,*" murmuró Doriana citando el viejo dicho. "*tuvimos que destruirlo*."

"Se acabó." Laytron negó con la cabeza cansinamente. "Vamos. Encontremos al Comandante Roshton."



Lord Binalie apenas habló cuando los tres atravesaron el suelo desordenado, con sus botas haciendo crujir los restos de lo que una vez fue Creaciones Spaarti. Corf, que iba junto a su padre, estaba más callado todavía. "No sé qué decir," dijo suavemente Torles mientras pararon junto a un grupo de cuerpos de Cranscoc y humanos. "Excepto que lo siento mucho."

"Por supuesto que lo siente," dijo Binalie controlando rígidamente su voz "Usted lo siente, el Comandante Roshton lo siente, el Maestro Doriana lo siente. Estoy seguro de que el Consejo Jedi también lo sentiría si pudieran parar un momento de buscar a alguien a quien echarle la culpa por esto."

Posó sus ojos muertos en Torles. "¿Quién es el bueno de todos ellos?"

Torles negó con la cabeza. "Ninguno," concedió. "Supongo que no hay ninguna posibilidad."

"¿De que podamos reconstruir? ¿Con casi todos los tejedores muertos?" Binalie negó con la cabeza. "No. Al menos no hasta dentro de una generación como mínimo. Y eso si podemos hacer que los Cranscoc vuelvan a confiar en nosotros."

Se dio la vuelta. "Yo no lo haría si fuera ellos. Confiar en la palabra de un humano es algo estúpido."

Torles dio un respingo. "Lo siento," fue lo único que podía decir.

"Estoy seguro de que le veremos más tarde, Maestro Torles," dijo Binalie sin girarse.

Era una despedida. "Sí, por supuesto," dijo Torles. "Adiós, Lord Binalie. Adiós, Corf."

Ninguno de los dos contestó. Con un suspiro, Torles se dio la vuelta y se dirigió al muro destruido por el que él y los otros habían entrado a la planta en ruinas, sintiendo su corazón como un trozo de metal quemado y doblado. Así que eso era todo. Pese a todos sus esfuerzos- incluso pese a los esfuerzos de las fuerzas Separatistas y de la República- Creaciones Spaarti era historia. Destruida por la falta de cuidado, la estupidez y la arrogancia.

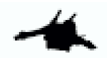
La falta de cuidado, la estupidez y la arrogancia de los Jedi.

Cerró los ojos contra la ola de tristeza que anegaba su alma. Perder la planta era malo de por sí, pero Torles había perdido algo más valioso. Y aunque la mesura y la educación regresaran a su relación, la confianza y la amistad probablemente no volverían jamás.

Y Corf, quien solía mirar al viejo Guardián Jedi con el respeto y la admiración reservados a los grandes héroes, ahora le odiaba. Y probablemente le odiaría el resto de su vida.

Llegó a lo que quedaba del muro y salió por encima de los cascotes, con un punto de ira removiendo el pozo de su tristeza. El Consejo Jedi podía gritar tan alto como quisiera que no sabía nada acerca de lo acontecido aquí hoy. Pero había ropas Jedi y sables de luz rotos entre los restos del transporte de asalto- Torles los había visto con sus propios ojos. Alguien en Coruscant sabía de donde venían esos Jedi y quién los había enviado.

De una forma u otra, el Guardián Jedi Jafer Torles iba a encontrar a esa persona.



La cara encapuchada de Darth Sidious parpadeó sobre el holoproyector de Doriana. “Informa.”

“La operación ha sido un éxito, mi señor,” dijo Doriana. “La planta de Creaciones Spaarti ha sido destruida.”

“¿Y los Jedi?”

“Por lo que respecta a la opinión pública, ellos tienen la culpa,” dijo Doriana.

“Excelente,” dijo Sidious con satisfacción. “¿Ha expresado alguien su interés por examinar el transporte de asalto?”

“El Comandante Roshton sugirió que se hiciera,” dijo Doriana. “Pero fue algo sin convicción, para ver si podían identificar quien iba abordo por los diseños de los sables de luz.”

“Anímale a seguir por ese camino,” ordenó Sidious. “Para cuando descubra que ese examen es un callejón sin salida, cualquier evidencia del sistema de control remoto del transporte se habrá desvanecido en los recicladores de basura.” Sonrió ligeramente. “Una de las pequeñas ventajas de tratar con los Jedi, Maestro Doriana. Con unos poco elementos -una capa, un sable de luz, un cuerpo irreconocible- puedes crear la ilusión de un héroe caído.”

“Cierto, mi señor,” concedió Doriana. “Supongo que el operador remoto abandonará Cartao en breve.”

“Ya se ha marchado.” Hubo una pausa, y Doriana pudo sentir esos ojos invisibles escudriñando su cara. “Aún desaprueba la operación, ¿verdad?”

“No la desapruebo, mi señor,” se apresuró a asegurarle Doriana. “Pero aún estoy confundido. ¿Por qué destruir deliberadamente Spaarti? Podría ser de una utilidad inmensa para los Separatistas. ¿Por qué no mantenerla intacta para experimentación y fabricación?”

“Porque por su naturaleza es imposible de defender,” le dijo Sidious. “La República podría apoderarse de ella y utilizarla con los mismos efectos devastadores en nuestra contra.”

Negó con la cabeza. “No, Maestro Doriana. Un comodín de ese potencial ha de ser eliminado de la partida.” Sonrió de nuevo. “Sobretodo cuando se pueden obtener otras ventajas a largo plazo de ello.”

“Esa parte fue un éxito total,” dijo Doriana asintiendo. “No creo que los Jedi sean bien recibidos en Cartao en mucho tiempo. Y menos si Lord Binalie tiene algo que decir al respecto. Incluso Torles, que se había convertido en una especie de héroe para su gente, está prácticamente acabado.”

“Y cuando las oleadas económicas de la destrucción de Spaarti se extiendan por la región, también lo hará esa actitud,” dijo Sidious. “La destrucción de los Jedi sólo será una victoria a medias si la gente de la galaxia llora su pérdida. Gracias a tu trabajo de hoy aquí, pocos en el Sector Prackla derramaran una lágrima por su desaparición.”

“Absolutamente,” dijo Doriana asintiendo. “¿Alguna orden más, mi señor?”

“No,” dijo Sidious. “Permanece ahí el tiempo suficiente para encargarte de los detalles y después informa a Coruscant.” Su cabeza titiló levemente. “Por otro lado. Los informes que he visto indicaban que los cilindros de donación creados durante la estancia de la República en la planta habían sido destruidos en el ataque. ¿Es eso cierto?”

“No, mi señor,” dijo Doriana. “Estaban almacenados en uno de los Outlinks a varios kilómetros del complejo principal y quedaron a salvo. El Canciller Supremo Palpatine me ha ordenado transportarlos en secreto a una vieja fortaleza subterránea en Wayland que ha reactivado recientemente.”

“¿De verdad?” dijo Sidious pensativamente. “¿Cuántos hay?”

“Varios miles.” Doriana meditó. “Si lo desea, puedo hacer que se pierdan.”

Sidious apretó los labios mientras pensaba, y Doriana aguantó la respiración. Sería fácil poder sabotear el transporte de los cilindros en el camino, por supuesto, o incluso antes de que salieran de Cartao. El problema era que poca gente conocía el secreto, y esa clase de acción aumentaría el riesgo de ser descubierto. Pero si Sidious deseaba que se hiciera…

Pero el señor Sith negó con la cabeza. “No te preocupes,” dijo él torciendo la boca. “Unos pocos miles de tanques de donación no marcarán la diferencia en la guerra. Deja que Palpatine se quede con sus pequeños trofeos.”

Silenciosamente, Doriana dejó escapar el aire. “Sí, mi señor.”

“Contactaré contigo pronto,” prosiguió Sidious. “De nuevo, bien hecho. El plan sigue adelante.”

“Y yo deseo su éxito,” dijo Doriana. “Adiós, Lord Sidious.”

Sidious sonrió. “Hasta la próxima, Maestro Doriana.”



Traducción: *Star Wars Magazine*

Montaje: *KSK, SWTotal*